

EL OBRERO: SU PERSONA Y SU FUNCIÓN

JORGE HIMITIAM¹
IVAN M. BAKER²

Curso de apoyo. 08 de junio de 1982

Introducción:

Ya hemos señalado en otras ocasiones que la única esperanza para el mundo está en la iglesia. Y el crecimiento y extendimiento de la iglesia está directamente relacionado con el surgimiento de nuevos obreros. Justamente por eso, Jesús se abocó fundamentalmente a la formación de doce discípulos-obreros. Según la declaración de San Pablo en Efesios 4.11-13, la acción esencial de los ministerios rectores de la iglesia consiste en “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”.

Los dos basamentos sobre los cuales se edificará o se formará un obrero han de ser:

- 1) SU CALIDAD de vida, persona, carácter, conducta, es decir, su estatura espiritual.
- 2) SU HABILIDAD para hacer la obra, su gracia, don, fe, poder, capacidad y aptitud en ganar a los perdidos y edificarles en el Señor.

Me corresponde a mí enfocar el primer aspecto que titulamos “EL OBRERO: SU PERSONA”, e Iván tratará el segundo aspecto “EL OBRERO: SU FUNCIÓN”.

EL OBRERO - SU PERSONA

Lectura bíblica: Efesios 4.13-15; Mateo 5.48; Colosenses 1.28 y 4.12

En estos pasajes y en otros del Nuevo Testamento aparece la palabra “perfecto” el cual es la traducción del griego “TELEIOS”. Teleios significa: acabado, cumplido, completo o completado, perfecto. /Que ha alcanzado el pleno crecimiento. /Maduro, hecho, adulto. /Cumplido, realizado, efectuado. Justamente esto es lo que Dios quiere lograr en nosotros, un hombre perfecto, completo, maduro (no adolescente), formado en todos los aspectos de nuestro carácter. La meta de nuestra vida es SER COMO JESÚS, esto es una síntesis maravillosa. Pero hoy haremos un análisis de la meta ¿en qué aspectos específicos debemos ser como Jesús?

EL OBRERO DEL SEÑOR

DEBE SER:

Humilde Mateo 11.29
Pobre en espíritu Mateo 5.3
Quebrantado Isaías 57.15

Manso
Sumiso
Obediente
Sujeto

Paciente
Tolerante
Sufrido
Longánime

Dueño de si mismo
Con dominio propio
Templado
Sobrio
Mesurado
Moderado
Calmó
Reposado
Apacible

Amable
Afable
Benigno
Dulce
Gentil
Delicado
Sensible
Considerado
Suave
Tierno
Afectuoso
Cariñoso

NO DEBE SER:

Orgullosó
Altivo
Soberbio
Vanidoso
Arrogante
Jactancioso
Engreído
Autosuficiente

Rebelde
Desobediente
Indómito

Impaciente
Intolerante
Apurado

Intempestivo
Colérico
Iracundo
Descontrolado
Gritón
Violento
Liviano
Chismoso
Injurioso
Murmurador
Calumniador

Áspero
Duro
Agresivo
Bruto
Brusco
Insensible
Ofensivo
Hiriente
Irónico
Sádico
Burlón
Escarnecedor

Amoroso
Misericordioso
Clemente
Piadoso
Compasivo
Perdonador
Reconciliador
Pacificador
Conciliativo

Lleno de amor
Bueno
Bondadoso
Servicial
Generoso
Dadivoso
Desprendido
Hospedador
“Épieikes” (1)

Cargador
Falto de misericordia
Inclemente
Indiferente
Rencoroso
Rencilloso
Pendenciero
Peleador

Egoísta
Envidioso
Malo
Autoritario
Dominante
Avaro
Codicioso
Ambicioso
Mezquino
Absorbente
Impositivo

(1) El hombre “epieikes” sabe que hay situaciones cuando algo puede ser “legalmente justo” pero moralmente injusto, sabe ceder a sus derechos “legales” cuando sabe que no son justos.

Respetuoso
Educado
Cortes
Caballero
Atento
Urbano

Laborioso
Trabajador
Esforzado
Abnegado
Diligente
Constante
Perseverante
Disciplinado

Responsable
Ordenado
Cumplidor
Confiable

Irrespetuoso
Indecoroso
Maleducado
Grosero
Insolente

Perezoso
CÓmodo
Negligente
Vago
Inconstante

Irresponsable
Desordenado
Incumplidor
Impuntual

Puntual
Firme
Estable
Valiente
Viril
Confiado (en Dios)
Fiel
Creyente
Victorioso

Alegre
Gozoso
Animado
Ferviente
Contento

Justo
Santo
Recto
Puro
Temeroso de Dios

Honesto
Honrado
Veraz
Sincero
Integro
Verdadero
Transparente

Prudente
Sensato
Sabio
Ecuánime

Flojo
Inestable
Cobarde
Timorato
Temeroso
Inseguro

Triste
Deprimido
Melancólico
Desalentado
Quejoso
Rezongón
Ansioso
Disconforme

Injusto
Parcial
Abusador
Aprovechador
Ventajista
Impuro
Lascivo
Fornicario
Adúltero
Fraudulento
Ladrón
Estafador
Irreverente

Deshonesto
Engañador
Fingido
Falso
Hipócrita
Insincero
Simulador
Mentiroso

Imprudente
Insensato
Necio

Imparcial

Decoroso

Honroso

Digno

Prolijo

Pudoroso

Decente

Aseado

Limpio

Ordenado

Indecoroso

Indecente

Sucio

Desprolijo

Desordenado

Descuidado

Miserable

.....ANTE DIOS

Jorge Himitian

Introducción:

Para ser obreros de Dios es esencial mantener una relación personal con él. En la Biblia encontramos en reiteradas oportunidades la referencia al “*Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*”, al “*Dios de Elías*”, etc, y Pablo habla de Jesucristo como “*mi Señor*” y el “*Dios de quien soy y a quien sirvo*”. Estas expresiones, y de otras muchas nos confirman el hecho de que aquellos hombres piadosos, vivían en una relación muy intensa con Dios.

Nuestro conocimiento de alguien, y por consiguiente nuestra relación con él, puede abarcar una escala muy amplia: desde lo más superficial y accidental hasta lo más íntimo e intenso. Yo puedo decir que conozco al presidente de la Nación porque lo vi y lo escuché por televisión; sería diferente si digo que lo conozco porque es mi vecino, y mucho más si digo que es mi hermano. No es el mismo conocimiento.

Del mismo modo cuando hablamos de nuestro conocimiento de Dios no podemos pretender ser sus obreros eficaces si nuestro conocimiento de él es por referencia, por terceros; es necesario que lo conozcamos de un modo personal.

Nuestra estabilidad, madurez y eficacia en la vida y ministerio cristiano, en el último análisis, dependerá de nuestra relación con Dios. Claro, al decir esto tengo en cuenta el marco comunitario en el cual nos desenvolvemos, donde se enfatiza mucho el sentido de cuerpo, la comunión entre hermanos, las relaciones interpersonales, las coyunturas, el discipulado, la unidad, etc. Todo ello nos brinda el equilibrio necesario para no caer en el individualismo. Lo que sí queremos dejar bien claro es que, aparte de la buena comunión con nuestros hermanos, necesitamos cultivar una relación con Dios de primera mano. Dicha relación es lo único que dará sentido y firmeza a nuestra vida.

Podemos afirmar que alguien realmente se ha tomado de Dios cuando, si llegara el caso de que todo a su alrededor se derrumbara – aún los mismos líderes a quienes él seguía – él permaneciese fiel afirmando: “YO SE EN QUIEN HE CREIDO”.

Tu confianza, tu comunión con Dios, tu convicción y fe, en última instancia, no dependerá de los que te rodean – si es que llegaste a la madurez espiritual y dejaste de ser un “hijito”- sino de tu propia relación personal con Dios.

Muy pobre sería una comunidad si en ella sólo se diera la comunión, la sujeción y el amor en un nivel horizontal solamente; entre los hermanos y nada más. Pero que rica y fuerte sería una comunidad en la cual, además de la dimensión horizontal de comunión, cada uno tuviera una comunión personal e íntima con Dios.

La relación de “coyunturas”entre los miembros del cuerpo de Cristo nunca puede suplantar la comunión individual con Dios. Por eso Pablo dice en Efesios 4.16 “*las coyunturas ayudan...*” Y esto de que “ayudan” significa que nunca “sustituyen” la relación con Dios.

Si alguien sólo tiene comunión con sus hermanos y no cultiva su comunión con Dios, su vida espiritual se desarrollará muy pobremente.

I. LA RELACIÓN FILIAL

Para poder tener una relación adecuada con Dios es necesario una imagen concreta de él. Por eso, durante su ministerio terrenal, Jesús nos reveló a Dios como nuestro Padre. *“Vosotros, pues oraréis así, decía el Padre nuestro...”* De modo que ahora podemos relacionarnos como nuestro Padre; Jesús vino para introducirnos a esa relación con Dios.

Jesús hablaba de Dios como su Padre. El, siendo el *“unigénito”* del Padre (Juan 1.14) llega a ser el *“primogénito entre muchos hermanos”* (Romanos 8.29) El es nuestro hermano mayor y nuestro ejemplo. Jesús siempre decía que Dios era su Padre. *“Mi Padre trabaja y yo trabajo”* (Juan 5.15); *“honro a mi Padre”* (Juan 8.49) También habla de *“el Padre”*: *“El Padre ama al Hijo”* (Juan 5.20). Cuando ora, él dice: *“Padre...”* (Juan 12.28), *“Padre santo...”* (Juan 17.11). Podemos decir que entre todas las cosas que Jesús nos enseña esta es la principal: tener una relación filial con Dios, una relación de hijo-padre.

Ahora bien, debemos destacar que nosotros no llegamos a ser sus hijos por cultivar esa relación, sino por haber nacido de nuevo. No es que seremos sus hijos si cultivamos nuestra comunión con él, sino que debemos cultivar nuestra relación con él porque somos sus hijos.

También debemos mencionar que es posible – y lamentablemente es muy frecuente –, ser hijos y no tener comunión con los padres; así como también hay hijos que ni conocen a sus padres. Es cierto, hay hijos que ni intiman con sus padres, no tratan con ellos, no tienen comunión. Para muchos hijos su padre es un desconocido; saben que él es su padre pero no lo conocen profundamente. Generalmente esto sucede cuando el padre no tiene mucho interés en sus hijos; cuando su corazón no está en sus hijos sino en sus negocios, en sus proyectos y ambiciones. Esto, por supuesto, no sucede con nuestro Padre Dios. Para él, lo más grande y lo más valioso del universo son sus hijos: Jesucristo y todos nosotros, sus hermanos.

Por lo que vemos a través de la enseñanza y la vida del Señor Jesucristo, es evidente que no hay gloria mayor a la cual Dios nos puede introducir que a la de ser hecho hijos suyos... El apóstol Juan decía: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”* (1 Juan 3.1)

Cuando leemos el evangelio de Juan observamos a Jesús hablando de su Padre con un entusiasmo especial; como alguien muy real y cercano para él. Hablar del Padre le apasionaba, le desbordaba. Cada día se apartaba para conversar con él y seguía en su comunión todo el día. Qué maravilloso pensar que Jesucristo nos ha introducido a esa relación privilegiada con Dios.

Ser HIJOS DE DIOS es el honor más grande que un ser humano puede recibir. Es más que ser pastor, apóstol o presidente de la nación. No hay privilegio u honra mayor que esta.

El corazón de nuestro Padre está puesto en sus hijos. Nos ama entrañablemente. Eso es lo que le hace decir a Zacarías que el que toca a los suyos le toca a él en la niña de su ojo. Por eso es que él quiere que le conozcamos, que nos relacionemos con él. Es imposible pensar en una ruptura o en un enfriamiento de esas relaciones. ¿Cómo te sentirás tú, como padre, si amando muchísimo a tus hijos, y

haciendo lo máximo para ellos, y queriendo relacionarte con ellos y tratarles, ellos te respondieran con indiferencia; si te ignoraran y se alejaran de ti?

¡Oh, Dios se desvive por nosotros, nos ha amado con amor eterno, ha hecho lo indecible por tenernos como sus hijos, y ahora anhela, espera, desea nuestra comunión, nuestra relación de amor con él...! Pablo dice en Romanos 8.14-17, que nosotros somos hijos de Dios por adopción; pero esta no es una adopción hecha en términos humanos. Cuando una familia adopta una criatura lo incorpora a la vida familiar y le da su apellido; ese niño que llega legalmente reconocido como hijo, pero su naturaleza no sufre ninguna modificación. En cambio cuando Dios nos adopta como hijos, nos da su Espíritu en nuestro espíritu, modifica nuestra naturaleza; de modo que podemos llamarlo legítimamente, Padre nuestro. Cuando nos dirigimos a Dios, el Espíritu de Jesús que está en nosotros nos hace gritar ¡Papá! (o como dice Pablo: “Abba Padre”) No es una adopción legal y exterior, sino una real e interior.

El término “Abba” usado por San Pablo es una expresión aramea que significa “papá”, forma familiar y aún infantil de dirigirse al padre, que denota las relaciones más íntimas y confidenciales que se generan entre el alma y Dios.

Hay muchos que en nuestras reuniones cuando oran se dirigen a Dios diciéndole papá. Al principio no me acostumbraba a esta expresión, pero ahora, cuando estoy a solas en mi cuarto, la palabra que más utilizo para dirigirme a Dios es ¡papá!... Cuando lo hago siento su proximidad, su cercanía y la profundidad de nuestra relación.

¡Qué insondables implicaciones tiene el hecho de poder orar diciendo: “Padre Nuestro...”!

II. EL CONOCER A DIOS

Juan 17.3 *“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”*.

En su primera carta, el apóstol Juan habla a los “hijitos” recordándoles que sus pecados han sido perdonados; a los jóvenes les dice que son fuertes y que han vencido al maligno. Pero a los “padres”, a los más maduros en la vida espiritual, les manifiesta que ellos “han conocido al que es desde el principio”.

Oír su voz: Existe una familiaridad en la relación con y un reconocimiento de su voz que sólo se adquiere con la madurez. Cristo dijo: *“Mi ovejas oyen mi voz”*. Es interesante que no dijo “mis corderos”, ya que el cordero sigue a la oveja, aún no conoce la voz del pastor. La oveja, en cambio sigue al pastor porque conoce su voz. En la medida que vamos creciendo vamos aprendiendo a distinguir la voz de Dios, pues vamos cultivando nuestra relación con él.

Ser niños: Mateo 11.25-27 *“Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* ¿Cómo podemos conocer al Padre? Pues, por revelación. Cristo, por el Espíritu nos revela al Padre, claro, la condición básica para que él pueda hacerlo es que tengamos una actitud de niños. El solo se revela a los niños.

Ante la grandeza de nuestro Padre somos muy pequeñitos, y cuanto más pequeños nos sintamos con tanta mayor libertad podrá Dios revelarse a nosotros.

Guardar sus mandamientos por amor: Juan 14.21-23 “*El que tiene mis mandamientos y los guarda ese es el que me ama, y el que me ama será amado por mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él*”. “*El que me ama mi palabra guardará y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él*”.

La expresión de nuestro amor a él debe ser guardar sus mandamientos. El hijo que verdaderamente ama a su padre, quiere agradecerle, quiere guardar sus mandamientos. Además, Jesús es muy claro cuando dice que si expresamos nuestro amor a Dios guardando sus mandamientos él se manifestará, se revelará a nosotros. Por supuesto, debemos destacar que si guardamos sus mandamientos en una actitud legalista y religiosa, no va a suceder lo que Cristo promete.

A veces cuando nos enteramos de hermanos que han caído en pecados serios, temblamos y nos preguntamos: ¿Hay alguna garantía para que yo no caiga? Sí, hay una garantía: ama a Dios, de esa manera guardarás sus mandamientos y no caerás.

Es muy notoria la diferencia entre aquel que cumple los mandamientos por amor al Señor y aquel que lo hace con un espíritu legalista. En el primero se hace manifiesta la presencia del Señor; en el segundo, rigidez, sequedad y dureza. Es la diferencia que hay entre el espíritu y la carne, la revelación y la letra, la vida y la muerte, la gracia y la ley. Mientras que uno obedece por amor, el otro lo hace por obligación.

El que ama dice como Juan: “*Sus mandamientos no son gravosos*” y los cumple con gozo y deleite. El legalista dice: “*Qué difícil es la vida cristiana*”.

Conocer a Dios con el corazón, en el Espíritu: A Dios sólo se lo puede conocer experimentalmente. Podemos estudiar la geografía de un país a través de un libro, pero si alguien nos pregunta si conocemos ese país tendremos que admitir que no. Llegará el momento que tendremos que ir personalmente a corroborar todo lo que el libro nos dice. Mientras tanto, nuestro conocimiento seguirá siendo limitado.

Nuestro conocimiento de Dios, si bien se fundamenta en un libro – su Palabra escrita- , tiene que ser corroborado por la experiencia, por el trato con él a través del Espíritu.

III. LA ORACIÓN

En Mateo 6.6 leemos esta recomendación de Jesús con respecto a la oración: “*Más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto*”.

Es bueno y necesario orar con dos o tres hermanos, en grupos mayores, o en la reunión congregacional. Pero nada puede sustituir nuestra comunión personal con nuestro Padre.

“*Ora a tu Padre...*” ¿Cada cuánto hay que hacer esto? Es evidente que todos los días; por eso Jesús nos enseñó a pedir por “*el pan nuestro de cada día*” En este sentido Jesús es nuestro gran

ejemplo. Cada día se apartaba, muy de mañana, para estar solo con su Padre. Esta era su primera prioridad.

En Marcos 1.35-38, vemos que Jesús no descuidaba su comunión con el Padre; en parte, motivado por las necesidades que había a su alrededor.

Esta comunión significa tiempo. Cuanto más tiempo estemos en comunión íntima, personal con Dios, más le iremos conociendo y más efectiva será nuestra participación en su Reino.

La revelación del Nuevo Testamento nos enseña cómo orar. No oramos como quien habla telefónicamente a larga distancia, al Dios lejano que está en su trono. En Hebreos cap. 4 nos dice que podemos acercarnos confiadamente “*al trono de la gracia*”, en el cap. 10 de la misma carta menciona que “*teniendo libertad para entrar al lugar santísimo.... Acerquémonos*” Ambos pasajes, como muchos otros del Nuevo Testamento nos animan a entrar al lugar de la presencia de Dios, al santísimo, al santuario, por medio de la sangre de Jesucristo, por el camino que nos abrió por su muerte. Por lo tanto, en la oración no debemos tener la sensación de estar dirigiéndonos a un Dios lejano, sino atrevernos a entrar a su misma presencia por la fe, hablando con él con toda libertad y confianza en el espíritu.

En el Antiguo Testamento vemos que Israel tenía un tabernáculo y luego un templo, los cuales eran una maqueta del verdadero santuario celestial. Ambos tenían una disposición similar: El lugar santísimo, donde estaba el arca, que simbolizaba la misma presencia de Dios; y el lugar santo, el cual estaba separado del anterior por un velo. Cuando Cristo murió, ese velo se rompió, haciendo manifiesta la realidad espiritual de ese hecho: al morir Cristo y quitar de en medio el pecado que nos separaba de Dios, abrió un camino a la presencia de Dios. Por eso dice la Escritura: “*Acerquémonos libremente al lugar santísimo, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura*”. Así debemos cultivar nuestra comunión con Dios en su presencia, en el espíritu, a través de la oración. El Espíritu Santo en nosotros es quien nos introduce a toda esta dimensión de relación y encuentro con Dios.

Orar sin cesar: Alguien comparó a la oración con la respiración. Si bien en algún momento del día uno debería respirar intensamente practicando algún ejercicio, la misma no se interrumpe el resto del tiempo porque es parte del proceso vital. La oración no es sólo para un momento en el cuarto privado; al salir de él, durante todo el día debemos seguir en una comunión ininterrumpida con Dios. Esto es lo que San Pablo llama “*orar sin cesar*” (1 Tesalonicenses 5) Cuando escribe a los Efesios también les dice: “*Orando en todo tiempo*” (Efesios 6)

Cualquier momento es bueno para estar en comunión con el Padre: caminando, cocinando, trabajando, manejando el automóvil. De ese modo cultivamos una relación muy personal y real con Dios, conociéndole mejor, aprendiendo a escuchar su palabra, sintiendo su consoladora presencia con nosotros. Este es el único modo que puede hacerse realidad en nosotros el mandamiento de amar al Señor “*con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*”.

De acuerdo con esto, si algo podemos recomendar es que debemos acordarnos de Dios todo el día, sentirlo en todo lo que hagamos, gozarnos en él, reír, llorar, emocionarnos por él; identificarnos con él en todo. Ese tipo de comunicación nos llevará a una total unidad con él. El en nosotros y nosotros en él, en un mismo sentir, con un idéntico deseo, amando lo que Dios ama, pensando lo que él piensa. Con

esta disposición, lo nuestro va muriendo y lo suyo va creciendo en nosotros. Somos como un barco que se va hundiendo; nos vamos sumergiendo en Dios y Dios va inundando todo nuestro ser.

Eso es lo que debemos entender cuando hablamos de vivir para él, para su gloria; cuando lo único que nos importe sea lo que él le importa. Jesús lo entendió muy pronto en su vida y lo expresó de esta manera: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre es necesario estar?”

IV. EL DÍA DEL ENCUENTRO

1 Pedro 1.8 “A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso”. Pedro expresa de una manera sencilla y vívida la experiencia de todo hijo de Dios: aunque nunca hemos visto a Jesucristo, le amamos y nos alegramos en él.

No tengo muchos años, pero sí los suficientes como para afirmar lo siguiente: hay cosas muy hermosas en la vida; desde la niñez, en la adolescencia, la juventud, la madurez; siendo soltero, luego casado, sin hijos, con hijos, en cada etapa hay variadas y hermosas experiencias. Pero de todas ellas la experiencia más gloriosa, más grande, más gozosa que el ser humano puede tener en la tierra es la de experimentar a Dios. Quizás, la cumbre de la experiencia con Dios es la adoración, cuando en comunión plena con él podemos contemplarle, exaltarle y expresarle nuestro amor. No hay ningún goce en ningún plano de esta vida, superior al de experimentar a Dios. ¡Cuánta gracia, cuánto amor, cuánta gloria hay en él! ¡Aleluya!

Sin embargo, todo lo que podamos experimentar aquí no es comparable a lo que va a ser el día que veamos al Señor. Oh ¡qué día será aquel! ¡Vale la pena vivir pensando en ese día, en el cual veremos al Señor cara a cara! Por eso dice Pablo que debemos estar “gozosos en la esperanza” (Romanos 12), anticipando la gloria venidera.

Por fin, deseo mencionar algo que te va a ayudar mucho: piensa cada día en cómo quisieras ser hallado en aquel día ante el Señor.

Tendremos que rendir cuentas de todo lo que hubiéramos hecho; todo va a ser revelado en aquel día. No habrá cosa que permanecerá oculta en su presencia (Hebreos 4) Los secretos de los hombres serán descubiertos, sus acciones ocultas, sus pensamientos, sus motivaciones, todo. Los libros serán abiertos y todo será juzgado a plena luz, (seguramente que el examen más temible será el de las intenciones del corazón).

Por eso decimos que todo lo que hagas en el manejo del dinero, en tu vida íntima y personal, en tu trato con el sexo opuesto, en tus ambiciones, celos, en el trato con los hermanos, en el andar en luz, etc. Piensa cómo quisieras ser hallado en aquel día delante de Dios.

¡Oh, que ese día podamos recibir el más grande galardón, que será oír a nuestro Padre decirnos: “Hijo mío, me has honrado, me has amado, has glorificado mi nombre, has guardado mis mandamientos, has sido fiel, estoy feliz contigo! Amén.

*Cara a cara espero verle
más allá del cielo azul;*

*cara a cara en plena gloria
he de ver a mi Jesús.*

..... **EN SU FUERO ÍNTIMO**

Jorge Himítian

Cuando hablamos de nuestro fuero íntimo nos referimos a aquello que está en lo más recóndito de nuestro ser. A nuestra máxima intimidad. A aquel lugar donde ni nuestra esposa o nuestro amigo más cercano puede entrar o conocer. La Biblia llama a ese lugar el “corazón”. Proverbios 4.23; Hechos 5.4; 8.21; 1 Corintios 4.5. Otras veces se refiere a él como nuestro “espíritu”. Mateo 5.3; 1 Tesalonicenses 5.23

I. FACTORES EN LA FORMACIÓN DE MI CARÁCTER

Mi carácter es la resultante de lo que soy en mi fuero íntimo. Cada uno de nosotros somos de una manera determinada como resultado de lo que somos en nuestro espíritu.

Para hacer justicia tenemos que decir que en la formación de nuestro carácter hay tres factores concurrentes:

a) Factor Genético. Somos parecidos a nuestros padres, abuelos, etc. El factor genético siempre está presente en nuestra manera de ser; nos condiciona dándonos una estructura psicológica determinada en nuestra personalidad. Generalmente se le da una excesiva importancia a este factor genético. Desde luego que tiene su importancia pero no es el factor más importante o determinante.

b) Factor Ambiental o Formativo. Este segundo factor es más importante que el primero. La mayoría de las personas reciben de sus padres tanto el factor genético como el factor ambiental o formativo.

Nos parecemos a nuestros padres no sólo por haber recibido la carga genética, sino también por habernos criado al lado de ellos y en ese ambiente nos hemos formado adquiriendo su genio, costumbres, sus gritos, sus virtudes, sus reacciones, etc.

Este factor formativo es más influyente que el primero. Por ejemplo: Un niño recién nacido si es adoptado por otros padres recibe de ellos el factor ambiental y formativo, lo cual es más trascendente que el factor genético en su formación.

c) Factor de la Responsabilidad Personal. A mi juicio este es el factor más importante. Aunque los dos factores anteriores tienen su influencia, este es el principal determinante de nuestro carácter y modo de ser. La prueba de ello es que hijos de los mismos padres tienen muchas veces distinto carácter, seguramente tienen rasgos coincidentes, pero muchas veces observamos que de los mismos padres (con el mismo factor genético y ambiental) se forman hijos tan diferentes entre sí. ¿Por qué? Porque el factor más importante que determina nuestra manera de ser es nuestra responsabilidad personal (Y esto es lo que muchas veces no quieren tener en cuenta psicólogos y psiquiatras para liberar al hombre de su sentido de culpa). En el último análisis soy lo que soy, y soy como soy no por un factor ajeno y externo sino por algo que es mío propio y que nace de mi espíritu.

De otro modo no sería justo que Dios me juzgara por la herencia que yo recibí de otros (Deuteronomio 24.16; 2 Corintios 5.10) En lo más íntimo de mí ser se determina y proyecta lo que yo voy a ser en la vida. Es por ello que Dios nos hace responsables de nuestra conducta y modo de ser

¿Por qué algunos al escuchar el mensaje del Señor se convierten y otros no? Pues algunos en lo más íntimo tienen hambre y sed de justicia, y otros aman más las tinieblas que la luz. Todos tenemos la herencia genética de Adán, pero algunos al oír la palabra la creen, la abrazan, la obedecen pues aspiran en su interior a lo puro, a lo santo, a lo que tiene honra, a lo que es glorioso. (Romanos 2.5-11; Juan 7.17)

Aún estando en el Señor podemos en nuestro espíritu apuntar a la mediocridad o a ser santos y puros como el Señor. Es allí en nuestro fuero íntimo donde se libra una gran batalla, se resuelve el gran dilema de mi existencia: ¿Qué es lo que quiero ser delante de Dios?

II. LOS PENSAMIENTOS Y LAS INTENCIONES DEL CORAZÓN

Hebreos 4.12-13; 1 Corintios 4.5

Las personas que me rodean conocen mi forma exterior de actuar o proceder en el comercio, la fábrica, en la oficina, o en la iglesia. En mi hogar, mi esposa e hijos me conocen mucho mejor, conocen mi carácter y mi manera de ser. Pero en lo más íntimo no me conoce ni mi esposa, ni mi pastor, ni mi coyuntura sino solo Dios. Es por eso que la acción de los pastores o de los que nos discípan puede llegar hasta cierto punto en nosotros.

Sólo Dios, por su palabra, *“que es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, puede penetrar hasta partir el alma y el espíritu, y discernir los pensamientos y las intenciones del corazón”*. *“Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”*. Así como los hombres ven mi cara, el color de mis ojos o mis facciones; hay alguien que con absoluta y total nitidez ve mi espíritu y me conoce totalmente. ¿Y qué de mi espíritu? Los pensamientos más secretos de mi corazón, y las intenciones de mi corazón.

En ese lugar tan íntimo en lo más profundo de mí ser, ¿qué intención tengo yo en la vida? ¿cuáles son los pensamientos íntimos que prevalecen en mí? Dios lo sabe. Quiero explicar esto con toda sencillez. La intención más profunda de mi corazón puede apuntar hacia MI o hacia DIOS.

Es tan sencillo y a la vez tan profundo como eso. YO o DIOS. Estas son las únicas dos alternativas que pueden haber en la intención de mi corazón. En la formación de un siervo de Dios éste es la definición más seria y profunda que se debe enfrentar. ¿Qué es lo que busco en mi vida? ¿Cuál es mi intención en todo lo que hago? ¿Mi gloria o la gloria del Señor?

El fin supremo del hombre es la gloria de Dios. Fuimos predestinados para la alabanza de su gloria (Efesios 1.11-12). Si queremos enfocar bien nuestra vida y forjarnos y orientarnos bien, allí en nuestro fuero íntimo, en nuestro corazón, debemos con toda determinación, establecer que la intención única de nuestra vida ha de ser Dios.

Y de ello no necesito convencer a los hombres, sino a Dios. No es de mucho valor que sobre ello testifique u ore públicamente. Dios mira lo que hay en mi corazón y no se impresiona por mis palabras. Allí en mi espíritu hay una brújula que está apuntando hacia..... o hacia Dios; hacia mi realización personal o hacia la gloria de Dios; hacia mi voluntad o hacia Su voluntad; yo o Él. Y los dos no podemos ser.

Este es el sentido más profundo de lo que Jesús enseñó decir: “*Niéguese a sí mismo*”; Y el que no se niega a si mismo no puede ser su discípulo, no va a poder seguirle.

Lo básico de nuestra vida es esto: que el norte de nuestra brújula esté orientado bien definitivamente hacia Dios. El resto será fácil.

Es exactamente esto lo que Pablo dice en Hechos 20.24 “*Más de ninguna cosa hago caso ni estimo mi vida preciosa para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús*” Esto es lo que debe estar escrito en nuestro corazón.

Hay muchos factores externos que condicionan hoy en día la actuación de los hombres. Se dice que uno es aquello que haría si estuviera absolutamente solo, sin que nadie pudiera observarlo o controlarlo. Si tú jamás tuvieras que rendir cuenta a nadie, ¿cómo vivirías?

Caín mató a su hermano Abel en la soledad; en ese tiempo no había policía, ni jueces, ni cárcel. Pensemos en la situación de José en Egipto. Solo, lejos de su familia, sin padre ni pastor ni congregación que le pudiera controlar, un desconocido en un país extraño..., y la esposa de Potifar lo tienta: “Ven a acostarte conmigo...” ¿Qué es lo que dio a José en esas circunstancias tan especiales la firmeza para no caer? ¡Ah... la intención más onda en su corazón era Dios y no José! ¡Qué ejemplo extraordinario! Esta es la clase de hombres que Dios nos llama a ser.

III. LOS RECURSOS DE DIOS PARA NUESTRA TRANSFORMACIÓN

Si nosotros anhelamos que Dios opere en nuestras vidas y corazones una verdadera transformación, y forme nuestro carácter a la imagen de Jesús, debemos procurar lo siguiente:

1) La intención más profunda de nuestro corazón ha de ser Dios. Su gloria, su voluntad, su fama, su propósito, su placer y no el nuestro. En nuestra intimidad se tiene que producir esta definición y corrección (Salmo 73.25; Salmo 26.2)

2) Debemos ser transparentes, sinceros. Sin doblez, sin fingimiento ni hipocresía. No ocultar nuestras faltas y pecados. Practicar la confesión y andar en luz con nuestros hermanos (1 Timoteo 3.8; Santiago 5.16; 1 Juan 1.7-9)

3) Cultivar una comunión íntima, personal y secreta con Dios. “*Más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto*” (Mateo 6.6)

4) No hagas nada para ser visto por los hombres: ni limosnas, ayunos, oraciones, buenas obras, etc. Sea el amor tu única motivación en todo lo que hagas (Mateo 6.1-6) y 6.16-18; 1 Corintios 13.3)

5) Debemos estar bajo la acción profunda de la palabra de Dios, ella es viva y eficaz para penetrar hasta lo más hondo de nuestro ser, para reargüirnos, corregirnos, modificarnos, santificarnos. Bajo la operación de la palabra de Dios se producirá en nosotros una permanente conversión y transformación. La palabra es el bisturí de Dios que penetra y corta lo malo en nuestro ser y establece la vida y la gracia transformadora de Dios (Hebreos 4.12; Hechos 20.3; 2 Timoteo 3.16-17)

6) Debemos estar bajo la acción profunda del Espíritu Santo. Dios por su Espíritu se ha instalado dentro nuestro para transformarnos desde adentro. Debemos vivir en poder del Espíritu y ser enseñados por él (2 Corintios 3.18; Ezequiel 36.26-27)

7) Debemos estar bajo la acción del cuerpo de Cristo para ser enseñados, animados, corregidos, amonestados, reprendidos, disciplinados. Debemos tener y estar en relaciones firmes y en gozosa sujeción (2 Timoteo 4.2; Colosenses 1.28; Efesios 4.16; Colosenses 2.19)

8) Debemos estar permanentemente corrigiendo la intención de nuestro corazón. Como los navegantes debemos siempre estar haciendo corrección de rumbo, pues nuestro corazón puede nuevamente inclinarse hacia nosotros mismos.

..... **EN SU TRABAJO**

Jorge Himítian

Introducción:

1. Por la influencia del pietismo de los siglos pasados, existe en la cristiandad el equivocado concepto de una dicotomía entre el mundo y antimundo, lo material y lo espiritual, lo secular y lo sagrado, lo temporal y lo eterno. En nuestros días Dios está restaurando su verdad, de modo que esta división se está superando. Hoy entendemos que lo material es expresión de lo espiritual “Los cielos (material) cuentan la gloria de Dios (espiritual)”. Para el cristiano, todo es sagrado si está en la voluntad de Dios: limpiar la casa es tan espiritual como orar, trabajar para ganar el sustento diario es tan sagrado como predicar.

Lo eterno se construye en lo temporal; en el tiempo y en el espacio material estamos construyendo nuestra realidad eterna.

Por eso la actitud y comportamiento del hombre frente al trabajo es esencial para conocer su verdadera estatura espiritual. La conducta de una persona en el trabajo revela mucho más su carácter que su comportamiento en una reunión.

2. Por otro lado se ha presentado a muchos, especialmente a jóvenes, una disyuntiva equivocada: ¿A qué me dedico? ¿Al trabajo secular o a la obra de Dios?

No vemos que los apóstoles hacían llamados de esta índole en las primitivas comunidades; no se sometían a los discípulos a esta disyuntiva, sino más bien les enseñaban a cada uno a ocuparse de sus trabajos y negocios. Y, cuando tenían que establecer pastores en las comunidades, no los buscaban entre jovencitos recién graduados de los “seminarios”, sino entre los hombres ya formados que tenían oficios, familias, y que habiendo demostrado éxito en sus vidas, hogares y trabajos, ahora podían enseñar e instruir a los demás con la Palabra de Dios. Aún más, el ser constituido como pastores no significaba necesariamente que debían abandonar sus trabajos materiales; cuando las actividades de la iglesia así lo requerían y había fondos suficientes para mantenerles económicamente, recién entonces se dedicaban completamente al trabajo en la iglesia.

I. PRINCIPIOS BÍBLICOS SOBRE EL TRABAJO

1) Dios trabajó en la creación durante seis días (Génesis 2.2 y 3)

2) El hombre fue creado a la imagen de Dios (Génesis 1.26-28). Por lo tanto, hemos sido hechos para trabajar seis días a la semana. El trabajo no denigra al hombre sino que lo dignifica y lo ayuda a ser forjado a la imagen de Dios. El ocio y la pereza corrompen al hombre.

3) El trabajar es anterior a la caída del hombre (Génesis 1.28; 2.15). Algunos creen equivocadamente que el trabajar es una maldición que Dios dio al hombre como resultado del pecado. Después de la caída el trabajo sería con aflicción, “*espinas y cardos te producirá*”, “*con el sudor de tu rostro comerás*”- básicamente por tres razones:

- a) causas climatológicas y naturales adversas;
- b) causas sociales: injusticias, explotación, etc;
- c) causas personales: ambición, avaricia, codicia, afán, etc.

4) El trabajar es uno de los diez mandamientos que revelan la voluntad de Dios para todos los hombres: “*Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Mas el séptimo día es de reposo...*” (Éxodo 20.9-11)

5) Jesús hasta los 30 años trabajó con su padre. A él se lo llamó “*El hijo del carpintero*” (Mateo 13.55) y “*carpintero*” (Marcos 6.3). Cristo con su ejemplo dignificó y santificó el trabajo manual.

6) Pablo siendo apóstol muchas veces desarrolló su ministerio trabajando simultáneamente con sus manos (Hechos 18.3; 20.34-35)

7) El trabajar materialmente era parte importante de la doctrina apostólica (Efesios 4.28; 1 Tesalonicenses 4.11-12; 2 Tesalonicenses 3.15-16)

8) La pereza, el ocio y la negligencia son fallas muy serias en la vida de un cristiano (Eclesiastés 10.18; Proverbios 6.6-11)

9) Es inadmisibles en un cristiano el ideal egoísta que tiene el hombre inconverso de poder decir algún día: “*Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, como, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio...*” (Lucas 12.19-20)

II. LAS TRES LEYES A TENERSE EN CUENTA EN RELACIÓN AL TRABAJO

1) La ley natural de compensación.

2 Tesalonicenses 3.6-15 “*Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma*”

El que trabaja poco, tendrá poco, el que se esfuerza más, progresará más. En condiciones justas cada uno recibirá lo proporcional a su trabajo

2) La ley de la fe.

Mateo 6.25-34

En general podemos decir que la voluntad de Dios es nuestra prosperidad

(3 Juan 2) Pero es necesario que opere la ley de la fe. “*Pedid y se os dará*”

(Mateo 7.7). “*Conforme a tu fe te será hecho*”. No sólo debemos trabajar, sino también creer que Dios nos proveerá y nos prosperará.

3) La ley del amor.

2 Corintios 8 y 9; Efesios 4.28

El fruto de la prosperidad no se invertirá egoístamente, sólo para nosotros, sino para compartir con el que padece necesidad. “*La abundancia vuestra suplirá la necesidad de ellos*” (2 Corintios 8.14-15; Proverbios 11.24-25)

III. LA ÉTICA CRISTIANA DEL TRABAJO

Efesios 6.5-9; Colosenses 3.22-41; 1 Timoteo 6.1-2; Tito 2.9-10; Levítico 19.3. Estos pasajes nos señalan cuál ha de ser el comportamiento del cristiano en el trabajo.

1) Para el dependiente.

- Obediencia y no rebelión
- Respeto y no insolencia
- Lealtad (no sirviendo al ojo), y no traición, engaño
- Diligencia (de corazón) y no negligencia o desgano
- Calidad (como el Señor) y no mediocridad

2) Para los patrones.

- Con justicia y rectitud
- Sin amenazas
- Sin opresión
- Pagos justos y sin demora

IV. EL PROPÓSITO DEL TRABAJO

- 1) Para tener qué comer (2 Tesalonicenses 3.12)
- 2) Para tener lo necesario y vivir honradamente (1 Tesalonicenses 4.11-12)
- 3) Para proveer a la familia (1 Timoteo 5.8)
- 4) Para compartir con el que padece necesidad (Efesios 4.28)
- 5) Para prosperar (Proverbios 12.11; 12.24; 13.4; 13.11)
- 6) Para cooperar con Dios en señorear y cuidar su creación (Génesis 1.28)

.....**FRENTE A LA TENTACIÓN**

Jorge Himítian

Jesucristo en el Padrenuestro nos enseñó a orar cada día, diciendo: “*No nos metas en tentación más líbranos del mal*”. Mateo 6.13

La tentación nos asedia cada día y debemos siempre estar alerta y pedir la ayuda del Señor para no caer.

Básicamente consideramos dos clases de tentaciones: La tentación de pecados de inmoralidad y la tentación de pecados espirituales.

I. TENTACIÓN A PECADOS DE INMORALIDAD

Debemos ser muy concientes que detrás de cada pecado hay una intención macabra y diabólica en destruirnos. “El Maligno”, como maldad y astucia, elabora una confabulación para lograr nuestra destrucción. ¡Cuántos han sido destruidos y atrasados en su desarrollo espiritual por haber caído en inmoralidad!

a) Pecados impulsivos y voluntarios (premeditados)

El pecado impulsivo es aquel que se comete sin pensarlo previamente por el impulso del momento. Es inadmisibles en un cristiano el pecado voluntario o premeditado. Es mucho más grave cometer un pecado voluntario y premeditado. (La mentira, el robo, el enojo, etc, pueden ser hechos impulsivamente o remeditadamente).

b) La actitud frente a la tentación

- Orar cada día para ser guardados (Mateo 6.13)
- Estar atentos siempre para no caer (1 Corintios 10.12-13)
- Tener convicciones muy firmes y una predeterminación a ser fieles al Señor.
- Reaccionar enérgicamente frente a la tentación (Ejemplo de Santo Tomás de Aquino)
- Huir de todo pecado sexual (1 Corintios 6.18; 2 Timoteo 2.22)
- Huyamos de todo lo que nos puede inducir a la tentación: situaciones, circunstancias, personas, conversaciones, lecturas, revistas, películas perniciosas en cine o TV. El mirar a mujeres mal vestidas, cuentos obscenos, conversaciones morbosas, pensamientos impuros, etc.
- Es más fácil vencer el frío, no permitamos que el proceso de la tentación avance.

c) La contaminación y el contagio (2 Corintios 7.1)

El microbio entra por los ojos (concupiscencia de los ojos). La segunda mirada es pecado. El microbio entra por los oídos. “Fornicación y toda inmundicia o avaricia ni aún se nombre entre vosotros”, Efesios 5.3. También puede ser una contaminación del espíritu. “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu...”. El modo de limpiarnos es la confesión. Cuando confesamos ponemos todo a la luz y en la luz esos microbios se mueren, y al estar en luz “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”. 1 Juan 1.7

d) El naufragio en la fe (1 Timoteo 1.19 y 3.9)

Según Pablo, la fe solo se puede mantener con limpia conciencia. Cuando pecamos tenemos mala conciencia y si no lo subsanamos mediante la confesión, nuestro bote “hará agua” por tener mala conciencia, y en algún momento perderemos la fe, naufragaremos. Guardemos limpia conciencia y guardemos la fe.

e) El proceso de la tentación (Santiago 1.12-15)

- 1) Atracción - (por la afinidad de mi concupiscencia)
- 2) Seducción - (engaño – “anestesia”)
- 3) Concepción - (voluntad rendida)
- 4) Pecado - (acción consumada)
- 5) Muerte - (resultado: separación de Dios)

Hay que resistirlo en el primer grado. Bienaventurado el varón que resiste la tentación.

f) Áreas más comunes de tentación

- Impureza sexual, concupiscencia de los ojos.
- Avaricia, codicia, amor al dinero, robo, injusticia.
- Mentiras, engaño, falsedad.

II. TENTACIÓN A PECADOS ESPIRITUALES

Alguna vez creímos que cuando fuéramos llenos del Espíritu Santo tendríamos en nosotros un poder extraordinario, que al igual que Jesús y los apóstoles podríamos hacer cualquier milagro y portento; y que llegaríamos a estar tan santificados que ya no tendríamos grandes o serias tentaciones.... Y si a ello le agregáramos algunos días de ayuno, seríamos súper-poderosos.

Jesús, lleno del Espíritu, habiendo ayunado por cuarenta días, fue tentado por el diablo, Mateo 4.1-11. Satanás tiene predilección en tentar a los siervos de Dios, más si estos están llenos del Espíritu y aún más, si éstos oran y ayunan. Las razones son obvias.

En las tres tentaciones de Satanás a Jesús en esencia le está diciendo: “Independízate del Padre”. “Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan”. “Échate del templo”, “póstrate y adórame y todo será tuyo”.

En esta tentación, varias cosas fueron puestas en juego:

- a) Satisfacer las legítimas necesidades **vs.** Hacer la voluntad de Dios
- b) Auto gratificación de la carne **vs.** Hacer lo que agrada a Dios
- c) Actuar por amor propio **vs.** Actuar por la palabra de Dios
- d) Actuar independientemente del Padre **vs.** Actuar en total dependencia del Padre (Juan 5.17-20)

Satanás nos tienta a actuar por nuestra propia cuenta, a independizarnos de Dios y a independizarnos de los hermanos.

- Cuanto más poder tengamos, más necesitamos sujetarnos y más atención debemos poner, pues hay más tentaciones.
- Los dones y el poder que Dios nos da, no son para nuestro servicio aún cuando tengamos legítimas necesidades.
- Debemos poder decir de corazón: ‘Prefiero ser pobre y pasar hambre si fuera necesario, que ser rico y ser destacado y hacer lo que desagrada al Señor’. ‘‘Prefiero ser portero y estar donde Dios quiere, que ser líder o pastor auto promovido’’.
- Debemos cuidarnos de la mezcla’’

Fe	+	Orgullo
Ayuno	+	Ambiciones personales
Victoria	+	Vanidad
Servicio	+	Ostentación

Si Jesús hubiera transformado las piedras en pan, su ministerio hubiera tenido ‘‘mezcla’’

Debemos tener limpia conciencia + virtudes de Cristo (humildad, etc.) + discernimiento de espíritu + proceder íntegro + motivaciones puras + sujeción al Padre + sujeción al cuerpo.

¡Señor, guárdanos en tu nombre! Amén.

Lectura Bíblica: Mr. 12.28-31

Introducción:

¿Quién es mi prójimo? Mi prójimo es mi próximo (las dos palabras tienen etimológicamente el mismo significado). Mi prójimo es por lo tanto mi esposa, mi hijo, mi vecino, mi compañero del colegio, oficina, o fábrica, mi patrón, mi empleado. El chofer del bus con quien me encuentro en la mañana, el empleado público detrás de la ventanilla. Mi prójimo es el niño con quien me encuentro, el anciano, el pobre, el rico, el malo, el bueno, el cliente, el acreedor, el que me ofende, el que me trata bien, el hermano en la fe o el ateo, mi amigo o enemigo, etc. Es decir, mi prójimo es toda aquella persona con quien trato, o debería tratar. Y Jesucristo nos dice que el mandamiento más grande es “Amarás a Dios” y el segundo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Nuestra actitud y trato con nuestro prójimo revela en gran medida nuestro carácter, con sus virtudes y defectos.

Mi verdadera imagen no está determinada por el concepto que yo tenga de mí mismo, sino por la impresión que otros tienen de mi persona, especialmente los que más cercanamente me conocen.

Si el mandamiento más grande en relación con mi prójimo es amarle, la impresión más importante que debe recibir de mi trato con él es el AMOR. El amor ha de ser la característica principal en mi trato con todo prójimo.

I. APRECIAR A MI PRÓJIMO ES LA CLAVE PARA AMARLE

He estado inquiriendo ¿Cuál es la clave para amar a mi prójimo? ¿Existe alguna pista, algún secreto que nos conduzca a esto? Pablo dice en Rom. 5.5 “que el amor (AGAPE) de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”; sin embargo, ¿Por qué muchas veces ese amor no fluye hacia nuestro prójimo en nuestro trato con él? He encontrado que la clave para amar a nuestro prójimo es apreciarle en nuestro corazón, valorarle.

Las populosas ciudades modernas nos están deshumanizando. La actitud dominante en nuestra sociedad ante el prójimo es la INDIFERENCIA y si mi prójimo me molesta, la AGRESIVIDAD. El hombre ignora al hombre. Lejos de apreciarle, lo menosprecia y desprecia. Muchas veces el hombre se transforma en lobo del hombre. Muchos tratan con más cariño a sus plantas que a sus hijos. Hay quienes aman más a sus perros que a los hijos de su vecino.

Las relaciones humanas en nuestra sociedad nos han enseñado la cortesía, los buenos modales, el trato amable, y las reglas de urbanidad. ¡Ojalá fueran expresiones genuinas y auténticas! Pero generalmente son una máscara de fingimiento y falsedad en la que vive nuestra “civilización”. (El comerciante que trata amablemente no es porque aprecia mucho a su cliente, sino por el dinero que le puede sacar). Si la clave para amar es APRECIAR, nos preguntamos ¿Qué es apreciar? Apreciar es reconocer y estimar el verdadero valor de las personas o cosas.

¿Cuánto vale mi prójimo? Si apreciamos las plantas, los animales, y todas las cosas creadas, tanto más debemos valorar a nuestro prójimo por las siguientes razones:

1. El hombre, (todo hombre) es la corona de la creación. Dios, después de haber creado los cielos y la tierra, llega al hombre y crea lo máximo que podía haber creado: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó...” Gén. 1.26-27. Tanto física como espiritualmente, el hombre es el punto máximo de la creación. No hay nada en el mundo que tenga más valor que un ser humano.
2. El hombre es un ser eterno, creado para la gloria de Dios, aunque por haber pecado fue destituido de aquella gloria. Dios amó a los hombres de tal manera que entregó a su Hijo al máximo sacrificio para restaurarlos a su gloria y a su propósito eterno. Dios amó al hombre caído y pecador, pues lo valoró y lo miró como un candidato a ser adoptado hijo suyo. Si miramos a nuestro prójimo con los ojos de Dios nos resultará fácil apreciarle y amarle.
3. Cada vida tiene una historia que merece ser oída. Si conociéramos la historia de cada persona, desde quienes son sus padres, cómo fue su nacimiento, su infancia, su crianza y sus vicisitudes hasta el día de hoy, amaríamos más. ¡Cuánto sacrificio ha costado cada vida! Valorémosla.

Ejemplo de la Cámara Fotográfica. Amar y apreciar a mi prójimo es como sacarle una fotografía. Antes de disparar es necesario regular la distancia en la cámara, es decir, enfocar primero. Del mismo modo al tratar con mi prójimo primero debo amarle, apreciarle y ajustarme a él. Pablo dice “a todos me hice todo” (1 Cor. 9.22). Debo reír con el que ríe, y llorar con el que llora. Este ejercicio será una gimnasia de los músculos del alma, de modo que después de algún tiempo tendremos esa “elasticidad afectiva” para tratar a cada uno con amor. (Este ejemplo lo hemos tomado de los ‘focolarinos’, movimiento católico de renovación). Debemos desarrollar SENSIBILIDAD ante nuestro prójimo, ante su persona, su necesidad, su dolor, su alegría, etc., y eso tan sólo lo lograremos si lo amamos y lo apreciamos de corazón.

Jesús era sensible y apreciaba a cada uno, al niño, al extranjero, al leproso, al enlutado, a la mujer pecadora, etc., y a cada uno le trataba de modo especial, pues amaba y apreciaba a cada persona con quien se encontraba.

El gran imán que atraerá a las personas hacia nosotros será el amor y el aprecio con que les tratemos. Si nuestro prójimo se siente amado, apreciado, valorado, comprendido, escuchado y atendido se sentirá poderosamente atraído hacia nosotros y de este modo podremos guiarles al Señor. Si apreciamos de corazón a cada persona que tratamos, nuestros hogares se llenarán de discípulos y familias que querrán seguir a Jesús. ¡Cuántos hay a nuestro alrededor que se sienten marginados, rechazados e ignorados por nuestra sociedad!

II. ¿CÓMO DEBEMOS AMAR A NUESTRO PRÓJIMO?

En Mr. 12.30 y 31 dice que debemos amar a Dios con todo el corazón, con el alma, la mente y las fuerzas; y al decir que el segundo mandamiento es semejante significa que también a nuestro prójimo debemos amarle con todo nuestro ser.

1. Amar con el corazón: apreciarle en nuestro interior y meras exteriorizaciones que nos enseñan las relaciones públicas. Amar la verdad y no fingir amor.
2. Amar con el alma: con nuestros sentimientos y emociones, con todo nuestro afecto. Llorar con el que llora y reír con el que ríe.
3. Amar con la mente: pensar con mi prójimo, pensar positivamente en él. Acordarme de él.
4. Amar con la mirada: con nuestro rostro, con una sonrisa, Mr. 10:21.
5. Amar con la manera de hablar: con amabilidad, con gracia, dando un buen trato, sin palabras hirientes u ofensivas. Expresar cariño y amor aún con el tono de la voz.
6. Amar con el oír: saber escuchar al otro, escucharle con amor, con verdadero interés, compenetrándonos de lo que nos dice. Escuchar sin interrumpir. Tratar de identificarnos con nuestro prójimo al escucharle.
7. Amar sirviendo: a nuestro prójimo, con nuestras fuerzas, tiempo, dinero, habilidades, dones, inteligencia, etc.

CONCLUSIÓN. En 1º Cor. 13.4-7 hay una descripción maravillosa de lo que es el amor, es decir del modo en que debo tratar a mi prójimo:

EL AMOR es sufrido,
es benigno,
no tiene envidia,
no es jactancioso,
no se envanece,
no es indecoroso,
no busca lo suyo,
no se irrita,
no guarda rencor,
no se goza de la injusticia
más se goza de la verdad.
Todo lo sufre,
todo lo cree,
todo lo espera,
todo lo soporta.

..... **COMO ESPOSO**

Jorge Himition

Introducción:

Este aspecto en nuestras vidas es fundamental. El hogar es el lugar donde somos más conocidos. Nuestra esposa e hijos son quienes mejor conocen nuestro carácter y conducta. Es el lugar donde más necesitamos las virtudes cristianas: amor, paz, paciencia, bondad, fe, humildad, responsabilidad, etc.

La congregación nunca será más sana y fuerte que las familias que la componen. Nuestro progreso como obreros del Señor se derrumbará si nuestros matrimonios y nuestras familias no andan bien. La crisis que vive nuestra sociedad se focaliza mayormente en las familias. En los hogares se viven tensiones, contiendas, discusiones, divisiones, resentimientos, amarguras, etc.

¿Tiene la iglesia algo que ofrecer para salvar a las familias de nuestra sociedad? ¿Hay solución en Jesucristo para las familias? Nuestro mensaje más poderoso ha de ser nuestra realidad.

El hombre como cabeza de la familia es el responsable principal de todo lo que sucede en su hogar. El es el responsable de edificar una buena familia.

Cuando el matrimonio de Adán y Eva falló, Dios pidió cuentas a Adán de lo ocurrido. Pablo dice en 1 Corintios 11.7 “*La mujer es gloria del varón*”.

El obrero del Señor, según 1 Timoteo 3.1-7, debe gobernar bien su casa, de otro modo no tendrá autoridad moral para enseñar a otros.

Este no es un estudio completo sobre la familia. Sólo quisiera referirme a, y destacar principalmente, la función del MARIDO en el hogar.

I. EL MARIDO DEBE REPRESENTAR A JESÚS EN EL HOGAR

1 Corintios 11.3; Efesios 5.22-25

a) Es responsable de establecer LA PRESENCIA DE JESÚS

El marido es el primer responsable de establecer la presencia de Jesús: andar en el Espíritu, estar siempre gozoso, dar gracias por todo, fluir con amor, gozo, paz. Es el responsable de Jesús en el hogar, debe reflejar su imagen y carácter. SER EJEMPLO del Señor.

Cristo es la imagen de Dios, el varón imagen y presencia de Cristo

b) Es responsable de establecer el gobierno de Cristo.

Es el responsable de establecer el gobierno de Dios en su familia. El varón debe gobernar su hogar. Su función de gobierno consiste en establecer la voluntad de Dios en el hogar y no su propia voluntad. Su autoridad debe ser ejercida con firmeza, pero con mucha amabilidad. Debe ser flexible donde hace falta. Conducir es convencer, y ni imponer. Debe saber escuchar a su esposa, dar la bienvenida a su valioso aporte, y discernir cuál es la voluntad de Dios. Debe velar para que en su hogar se haga la voluntad de Dios.

c) Es responsable de ministrar la gracia salvadora de Cristo.

Es el sacerdote de la familia ante Dios para bendecir, interceder, animar, liberar, aconsejar, ministrar, ejercer fe, cubrir, amar, sanar, etc.

d) Es responsable de edificar y disciplinar a su familia.

De todas las responsabilidades espirituales que tiene, la primera es edificar a su esposa e hijos. Su discípulo N° 1 debe ser su esposa. Debe asumir tal responsabilidad. Para ello se necesitan dos cosas: 1) Ser ejemplo en todo, 2) Programar el tiempo para ocuparse de adoctrinarla, estudiar juntos, orar y ser constantes en ello. Edificar no significa exigir, sino proveer. Meter verdad, kerigma, fe, animar, elogiar, impulsar, enseñar, adoctrinar, etc.

II. ¿CÓMO PUEDE EL MARIDO FORTALECER LA UNIDAD MATRIMONIAL?

Efesios 5.24-33; 1 Corintios 11.7

Pablo habla en los vs. 31-32 del misterio de la unidad matrimonial. El hombre es el responsable principal de afirmar y fortalecer esta unidad, pues hablando del hombre dice: “*Se unirá a su mujer*”. Consideramos de qué modo el marido debe fortalecer la unidad de su matrimonio:

a) Amando a su esposa (v.28)

El verbo empleado tiene su raíz en AGAPE = amor sacrificial, y es todo lo opuesto al egoísmo. La primera expresión de este amor ha de ser el buen trato. Colosenses 3.19 dice “*Amad... y no seáis ásperos con ellas*”. Según 1 Pedro 3.7 la mujer como un vaso frágil. Es más sensible y necesita del varón un trato tierno, amoroso y delicado. Si el marido trata mal a su mujer ella se resiente e interiormente se aleja de su marido. Como esposo debe ser atento, considerado, amable, suave, sensible, respetuoso, cariñoso, romántico, agradecido. Debe honrar su femineidad, su sensibilidad, sus gustos y su persona. Debemos estar prontos a confesar toda ofensa o falta que cometemos hacia ella.

b) Dedicándose a su esposa (v.25)

Dice: “*Se entregó a sí mismo por ella*”. Esto significa no desatenderla sino dedicarnos a ella, dedicar tiempo para estar con ella. A veces, las muchas ocupaciones llevan al marido a descuidar este aspecto y la mujer se siente desechada, marginada. Siente que ella no es importante para

su esposo. Para ello el hombre debe ser más compañero de ella, darle más atención, incluirla, participarle más de su vida. Debe haber tiempo programado para pasear juntos, conversar, disfrutar juntos la gracia de la vida. No puede toda la vida ser trabajo más trabajo. Tiene que haber tiempo para saborear juntos las cosas lindas de la vida: contemplar juntos la creación, inspirarse, emocionarse, hacer deportes, salir a comer, escuchar un buen concierto, leer juntos algo que les guste, jugar con los niños, etc.

(Cantares 7.10-13)

Lógicamente esto debe hacerse en equilibrio con nuestras responsabilidades laborales y espirituales, pero este aspecto no puede estar ausente de nuestro programa semanal.

c) Comunicándose con su esposa (v.26 “por la palabra”)

La palabra es el medio de comunicación de los hombres. El gran problema de muchos matrimonios es la “INCOMUNICACIÓN”. No hay diálogo, y si lo hay, muchas veces termina con discusión.

El varón generalmente piensa que si todas las actividades familiares marchan normalmente, todo va bien, y no siempre es así. Los maridos deben tomar la iniciativa para tener una comunicación profunda con sus esposas. Con mucha gracia y con detenimiento, con bastante frecuencia deben preguntarle: “Querida, ¿cómo estás?”. Debemos saber qué siente, qué piensa, qué le sucede. Debemos saber si ella está feliz. Y si lo está debemos conocer las causas y subsanarlas. Es esencial que sepamos dialogar. Diálogo significa saber oír y hablar con amor. El hombre debe hacer el esfuerzo para comprenderla y también contarle sus aspiraciones y frustraciones interiores para que ella le comprenda y ayude. Para todo esto hace falta un tiempo de tranquila conversación.

d) Santificando a su esposa (v.26-27)

La mujer es más débil, es vaso frágil en sus sentimientos y ante el mundo espiritual. Suele ser más proclive al temor, al desaliento, al nerviosismo, a la depresión, etc. Suele ser más fácilmente engañada por Satanás. Necesita ayuda del esposo, su aliento y ministración. No para condenarla, sino para edificarla, salvarla, lavarla por la palabra de Dios; no debemos permitir que las dudas, los temores y el negativismo se acumulen sobre su esposa. Los esposos deben asumir su responsabilidad de santificar a sus esposas a fin de presentárselas a sí mismos la esposa que quisiéramos que fuera, así como Cristo lo hace en la Iglesia.

Esto demandará del esposo fe, paciencia, perseverancia, oración y mucho cariño.

e) Amparando a su esposa (v.29 “la sustenta y la cuida”)

La mayor necesidad psicológica de la mujer es el amparo. Por eso Dios llama en la Biblia a las viudas “desamparadas”. Muchas esposa aunque tengan a sus maridos se sienten desamparadas pues el marido no ejerce sobre ella una cobertura práctica. Con todo lo que hace el esposo debe comunicarle su AMPARO. En el buen trato, en la forma de conversar, en el modo de resolver sus problemas, en nuestro interés por su bienestar y felicidad, etc.

Amparo, protección, cobertura es lo que ella necesita del esposo. Ella, en lo profundo de su ser, debe sentir “mi marido es mi pastor nada me faltará”. Amén.

I. COMO DEBEMOS VISUALIZAR EL MATRIMONIO

Cuando Dios dice: “*así que no son ya dos, sino uno*” (Marcos 10.8), se está refiriendo más que al hecho físico. Está señalando la clase de unidad que debe existir en el matrimonio. Es una unidad completa. “*Ya no son más...*”

1) Dos objetivos, sino uno.

Es imprescindible aunar objetivos para poder apuntar en la misma dirección. ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué queremos alcanzar? Esto debe definirse claramente. Es indispensable hablar hasta llegar a concordar. De lo contrario, es probable que uno apunte en un sentido distinto del que apunta el otro, lo cual será una fuente de continuos problemas. Sin dialogar, no sabemos nunca en qué cosas divergimos. Y por lo tanto, tales divergencias no desaparecerán. Comunicándonos, uno y otro podremos hacer las correcciones de rumbo necesarias. La ruta de un barco no puede depender de quien esté a cargo el timón, sino que la determinará el capitán de antemano; así, aunque se turnen los timoneles, habrá la seguridad de llegar a buen puerto.

Ejemplo: El marido está procurando capacitarse un poco más para poder luego tener un taller propio. La mujer le apoya. Sabe que es momento de esfuerzo, de sacrificio, de colaboración (aún ayudando en el sostén del hogar), de ahorro. No es tiempo de tomar lecciones de música, hacer el curso de decoración, remodelar la casa, etc. Tampoco de hacer gastos extras. Van detrás de un objetivo concreto y hacen todo lo necesario para alcanzarlo. Ella no debe pensar en sí misma ni en su realización personal, sino en la realización de la pareja a través de un objetivo común que beneficiará a toda la familia.

Fijar metas juntos:

a) En lo natural

- nivel socio-económico a que aspiran (cuidando con las ambiciones desmedidas de algunas esposas)
- trabajo, profesión del marido
- ocupaciones extrahogareñas de la esposa
- casa y otras posesiones que quisieren adquirir

b) En cuanto a los hijos

- educación
- disciplina
- hábitos a formar

c) En lo espiritual

- disposición
- entrega
- aspiraciones de crecimiento
- expectativas

2) Dos vivencias individuales, sino una.

Compartir es la clave para un matrimonio feliz. Compartamos las actividades siempre que sea posible. Si puedes acompañar a tu esposo en una visita, en un viaje de negocios, etc. no te niegues. Es muy importante que la esposa se interese por todo lo que hace su marido: trabajo, estudios, hobbies, deportes. Aún que sea capaz de mantener una conversación sobre política o fútbol. Ser una interlocutora amena, no aburrida. ¿Porqué no ir juntos a nadar, o a jugar al voley? No nos quedemos en la reposera cebando mate o tejiendo y mirando desde afuera. ¡Participemos!

Seamos amigos, compinches. Seamos ese alguien con quien él puede compartir las cosas lindas de la vida y las difíciles también, Sepamos conversar.

3) Dos formas independientes de pensar y sentir, sino una.

Por supuesto, no siempre tendremos la misma opinión sobre las cosas. Podemos divergir. Pero sepamos qué piensa el otro para poder entenderlo y respetemos y apreciemos su criterio, aunque sea distinto.

Cada familia va tomando su fisonomía propia a medida que pasan los años. Esto es fruto de la combinación de la corriente de pensamientos, gustos, costumbres, sentimientos, etc. del marido con los de la esposa. No nos mostremos antagónicos y rígidos (*“!esto debe hacerse así!”*), sino procuremos amalgamar ideas, criterios, proyectos. Habrá un enriquecimiento mutuo. El que gana no es el que logra imponer su idea sobre la del otro, sino el que comprende y procura llegar al acuerdo, al entendimiento, a la complementación. No somos contrincantes ni rivales. Somos compañeros, metidos los dos en el mismo brete de tratar de llevar adelante la familia en la mayor armonía que seamos capaces de lograr. Si cabe alguna competencia, es la de procurar ser el o la que más aporte a la unidad y buen entendimiento familiar.

4) Dos metas espirituales, sino una.

Cuanto antes nos hagamos cargo de que ambos estamos tirando del mismo carro, mejor, Porque a veces lo dejamos sólo. ¡Y se hace muy pesado! Somos depositarias y responsables de la misma visión de él. Y Dios espera que seamos ayuda idónea. Compartamos la carga, la oración, el trabajo. Él solo no puede. Arriba del carro están los hijos, los familiares, los discípulos.... ¡no te subas tú también! La carga es más liviana si se lleva entre dos ¿Sabías que tu marido a veces se desalienta? Tu sonrisa, tu mirada comprensiva, tu interés en la obra que él está realizando para el Señor lo alientan. Nunca te muestres indiferente, ni pienses en su responsabilidad llevar la casa adelante. El día que decidiste unir tu vida a la suya decidiste también compartir su suerte, no como simple espectadora sino como colaboradora activa. Tu mayor sentido de realización vendrá de ver a tu marido realizado, especialmente en esta esfera que es primordial para él.

5) Dos entes independientes sino una comunidad de vida.

Somos dos seres estrechamente relacionados. La independencia no cabe. No serviría sino para aislarnos y paralizarnos. Y la interrelación matrimonial encuentra su más fructífera expresión a través de la sujeción de la esposa al marido. Porque la sujeción es la que nos permite desarrollar cabalmente nuestra función. La sujeción no rebaja, ubica. El hombre no es superior, la mujer no es inferior. Pero tienen diferentes funciones. Y Dios ha dotado a cada uno para cumplir la suya propia. Al hombre le ha dado el mando y cuando la mujer no se sujeta impide el funcionamiento de ambos y resquebraja la unidad. Jesús nunca se sintió inferior al Padre, pero se sujetó en todo a Él.

La primera expresión de comunidad se da en el matrimonio. Cada uno de los dos debe volcar el 100% de lo que es en esta vida comunitaria. Es una entrega total. Pero no pierde, gana. Porque su 100% es enriquecido por el 100% que entrega el otro. Es una donación mutua.

II. ACTITUDES DE LA ESPOSA QUE CONTRIBUYEN A FORTALECER LA UNIDAD MATRIMONIAL.

1) Saber compartir.

Lo bueno, lo malo, las cargas, el esparcimiento, etc.

2) Saber alentar.

El marido no es de material plástico. Necesita apoyo, estímulo, aliento. Recibirlo con alegría cuando llega del trabajo y no cargarlo con nuestros desánimos.

3) Saber apreciar.

Nuestro marido tiene valores. Ignorarlos o menospreciarlos es sumamente peligroso, pues deteriora injustificadamente su imagen y destruye la unidad. No nos detengamos en sus defectos (si somos honestas, son pocos), sino apreciemos y elogiemos sus virtudes. Estimemos también sus opiniones y prestémosles atención.

4) Tener un trato respetuoso y cálido.

Todo esposo merece ser dignificado por su esposa en el trato. Pero además necesita recibir la expresión cálida de su afecto a través de palabras, gestos, actitudes. Desechemos las formas impersonales insulsas e insípidas de hablar. Transmitamos amor. ¡ENAMOREMOSLO DE NUEVO CADA DÍA!

5) Cuidar el aspecto físico.

Preocupémonos. Mantengámonos jóvenes y bonitas tanto como podamos. Cuidemos la silueta (un poco de gimnasia no viene mal). Luzcamos bien peinadas, pulcras y bien vestidas (con sencillez). Tenemos el deber de ser atractivas para nuestros maridos (¡!!UNICAMENTE!!!) Ellos no

tienen porqué tener una esposa de segunda, ni andar deseando nada por ahí. ¡Está dentro de nuestras posibilidades!

6) Mantener buenas relaciones sexuales.

No negarnos. No simplemente soportarlas. Predisponernos a disfrutarlas. Ser creativas (ambiente, música, ropa, etc.) Conversar con el marido para mejorarlas.

7) Estar actualizadas.

Saber que pasa en el país, en el mundo, en la iglesia, para poder mantener una conversación de un nivel interesante. De paso, no hablemos nosotras todo el tiempo, dejémosle lugar a él.

8) Cultivarse.

Leamos. Aprendamos. Los límites del mundo no son las paredes de nuestro hogar. Trascendamos un poco esas fronteras para progresar.

9) Tener un espíritu animoso.

Estemos dispuestas a acompañar al marido en cualquier momento y en cualquier cosa que emprenda, sea un paseo, un negocio, una visita, etc. Hace falta una pizca de espíritu aventurero...

10) Ser capaces de romper la rutina.

Efectuemos algún cambio en la casa. Preparemos una cena distinta. Planeemos un paseo “relámpago”. Compremos unas flores. Salgamos los dos solos a pasear.

11) Ser buena ama de casa.

El hombre aprecia mucho a una mujer confiable. Una mujer que sepa mantener limpia y ordenada la casa, que se ocupe de la ropa (que lave, planche y ...), que cocine bien y sepa administrar el dinero. Si dominamos estas “ciencias”, evitaremos muchos problemas, ya que aún algunos de los puntos mencionados mas arriba no se podrán poner en práctica si no existe un ambiente de orden y paz.

12) Ser sujeta.

Concibamos la sujeción así: obediencia como expresión de amor, No coarta la libertad, sino que la canaliza. Encauza toda actuación hacia el logro de un fin común. No utilicemos las lágrimas para alcanzar fines impropios.

C. ACTITUDES DE LA ESPOSA QUE CONTRIBUYEN A RESQUEBRAJAR LA UNIDAD MATRIMONIAL

1) Guardar resentimientos.

El Señor nos manda a perdonar. Por ser una relación tan cercana la que nos une, es imprescindible hablar, comunicarse, aclarar situaciones, pedir perdón. Hay que mantener los canales de comunicación permanentemente abiertos.

2) Manejar separadamente el dinero.

Esto se da cuando los dos ganan un sueldo. No caben expresiones como “tu dinero” y “mi dinero”. Es “nuestro dinero”. Debe existir un único fondo que se usará según las necesidades del hogar.

3) Dar igual trato a los familiares de ambos.

Otra vez, no hay tal cosa como “mi familia” y “tu familia”. Es “nuestra familia”. Igual aprecio y trato. Recordar que nuestros hijos aman tanto a una familia como a la otra. Nosotros debemos cultivar una actitud similar a la de ellos. Nunca creemos tensiones en los chicos no les llevemos a tomar partido.

4) Ser posesivas.

Recordemos que el marido no es un objeto de nuestra propiedad. Tenemos derecho a su afecto y compañía, pero no podemos tiranizarlo con demandas indebidas. Sepamos compartirlo. Si la obra lo absorbe demasiado, sería bueno conversar con calma, buscando soluciones, o recurrir a la ayuda y orientación de los pastores.

“POR TANTO, LO QUE DIOS JUNTO, NO LO SEPARE EL HOMBRE”.....; ¡LA MUJER TAMPOCO!.

.....**COMO MADRE**

Silvia Himitian – N° 2

LA MADRE, BÁSICAMENTE EDUCADORA

Cuando pienso en la función de madre, viene inmediatamente a mi mente una palabra clave: **educadora**. Al mirarme a mi misma y a mis hijos a través de todos estos años, concluyo que educar es, mayormente, lo que he estado haciendo desde que nacieron. Es, además, la labor más trascendente dentro de mi función. Mis cuidados, la comida que les preparo, la limpieza y atención de sus cosas, son elementos básicos para lograr un buen desarrollo, pero mi mayor aporte ha sido, y será, formarlos para la vida aquí y para la vida después de la muerte. Iniciarlos en el conocimiento del mundo que nos rodea, ayudándoles a interpretar los acontecimientos buenos y malos; llevarlos a pensar, a desarrollar un razonamiento claro y prolijo; guiarlos a la comprensión y aceptación de las circunstancias que les toca vivir y de las limitaciones que ella les impone.

Todo esto hecho desde una perspectiva cristiana que les permita establecer las diferencias que existen entre la iglesia y el mundo y que les lleve a optar por el Reino de Dios con plena convicción. ¿Cómo te visualizas a ti misma? Yo, definitivamente, no puedo verme como la fregona de la casa, encargada de mantener bien alimentada y vestida a la familia. Soy la maestra, soy la educadora, que cada mañana entra en funciones aprovechando al máximo sus capacidades, precisamente con sus hijos, que son su máspreciado don en la tierra. Por supuesto, también atiendo con toda diligencia y esmero sus necesidades físicas y naturales. No preciso dar clases de inglés en una escuela para sentirme educadora. Lo hago en mi casa, con mis hijos. ¿Por qué volcar fuera y no dentro de mi propio hogar mis habilidades? No digo que no pueda dar clases. Sólo quiero revalorizar la función de madre y colocarla a su verdadero nivel. ¡Es increíble la cantidad de cosas sobre las que puedo enseñar a mis hijos a lo largo del día! Cuando lo considero así, miro cada circunstancia que se presenta como una oportunidad para ejercer la docencia. Alguno se lastima un dedo, enseño a limpiar la herida y vendarla, le explico sobre la existencia de los gérmenes y la necesidad de cuidar que no penetren a través de las lastimaduras. Rompen un jarrón, les reprendo y le hablo acerca de evitar gastos innecesarios cuidando lo que ya se tiene. Pierden un libro, les enseño que deben ser responsables y hacerse cargo de sus descuidos, si es necesario pagando lo perdido con su mensualidad.

Tenemos que tomar conciencia que estamos educando, formando, enseñando a vivir y dedicar nuestros mejores esfuerzos en ese sentido.

CUATRO ETAPAS.

La vida es un cambio constante. Nuestro hijo de hoy no es el mismo de hace dos años, ni será el mismo dentro de tres o cuatro. Y nosotras debemos adaptarnos a esos cambios para poder realizar nuestra labor con mayor efectividad.

Hay cuatro etapas en la vida de nuestro hijo que quisiera señalar y considerar separadamente, ya que cada una es totalmente distinta a las demás.

- A. La primera infancia
- B. La niñez

- C. La adolescencia
- D. La adultez

A. LA PRIMERA INFANCIA

Se extiende desde el nacimiento hasta el año y medio o dos años. Esta etapa se caracteriza por la total dependencia que tiene el niño de su madre. Ella tiene que proveer absolutamente todo lo que él necesita: comida, higiene, ayuda para conciliar el sueño, etc. Es un ser delicado y desvalido. Su mamá es su mundo. Y durante este tiempo, ella deberá negarse a sí misma y estar a disposición de su bebé cada vez que él lo solicite. Le brindará todo su amor, lo atenderá con dedicación, le tendrá mucha paciencia y le demostrará constantemente su afecto.

Por momento los bebés se nos ocurren pequeños tiranos, pero nos hace muy bien renunciar a nosotras mismas para brindarnos totalmente a otros. *“La mujer se salvará engendrando hijos”* dice San Pablo a Timoteo. ¿De qué se salvará? De vivir una existencia egoísta centrada en sí misma, de la vanidad, de la superficialidad. Para algunas, será la primera vez que les toca sufrir. Sufrir por todo aquello a lo que tienen que renunciar. Y sufrir las ansiedades, temores y angustias por los que las hacen pasar los niños con sus enfermedades, golpes, caídas, etc. Pero el dolor es bueno, nos hace crecer, madurar.

Recordemos también, que ya es el tiempo de comenzar a enseñar y corregir al niño. Si somos tolerantes o complacientes con él, soportando su mala conducta, será mucho más difícil enderezarlo después. Sugiero consultar el libro del pastor Keith Bentson *“La crianza de los hijos”* páginas 33 y 34.

Esta es una etapa muy linda (demasiado breve también) en la cual ese bebido que sólo sabía llorar se va transformando en un ser capaz de comprender y responder. Nos regala sus primeras sonrisas. Luego comienzan las primeras palabras, y empezamos a entendernos mutuamente. Debemos estar con él el mayor tiempo posible, para que se establezca un clima de amor y confianza en el cual él pueda desarrollarse y aprender. La inteligencia, al igual que los músculos, necesita ser ejercitada. Y en los primeros meses de vida, para que maduren las neuronas y no se atrofien, el niño necesita mucho estímulo. Debe ver colores y formas diversas, oír música, escuchar nuestra voz hablándole. Más tarde, necesitará poder moverse, gatear, tocar y gustar las cosas. No lo tengamos en un rincón como un paquete. Proveámosle experiencias que le permitan desarrollarse y madurar. Y por sobre todo, disfrutemos este período con nuestro bebé. Cada etapa pasa para no volver. No nos perdamos tras los pañales y las mamaderas. Tomémonos el tiempo de amarlo, acariciarlo y compartir con él. Un bebé feliz crece más sano y se desarrolla mejor. Además, no olvidemos orar por nuestro niño. Intercedamos por su salud, por su comportamiento, por todas sus necesidades. Él precisa nuestra cobertura espiritual.

B. LA NIÑEZ

Comprende dos períodos:

1. Etapa preescolar (de los 2 a los 5 años)
2. Etapa escolar (de los 6 a los 10 u 11 años)

1) ETAPA PREESCOLAR

El niño comienza a descubrir el mundo. Todo le interesa. Todo le llama la atención. Y allí estamos nosotras para enseñar, para explicar, para fijar normas, para establecer límites. Se empiezan a formar los primeros hábitos: comer sentado en una sillita frente a la mesa y no paseando por toda la casa, lavarse las manos, recoger sus juguetes, etc. Comienzan los ¿por qué? Y este deseo de saber tiene que ser satisfecho. No debemos respuestas demasiado breves o evasivas. Satisfagamos su necesidad. Tampoco es edad para largas disertaciones. Pero aprovechemos su natural disposición para aprender.

Iniciación a la vida espiritual.

Desde los 2 años y medio o 3, ya mostrará interés en escuchar acerca de Dios y de Jesús. Pueden narrársele breves relatos bíblicos (de no más de 4 o 5 minutos de duración) pidiéndosele luego que dibuje acerca de lo que ha escuchado. Mirando luego esos garabatos, él recordará toda la historia y aún será capaz de contarla. Es también un tiempo de temores, por lo cual será oportuno hablarle del cuidado y protección de Dios y llevarle a orar y confiar en Él.

Apoyo escolar.

Debe sentir también todo nuestro apoyo y respaldo al comenzar la escuela. Es difícil para el niño desprenderse de su madre (para la madre también), por eso debe sentirse seguro de ella y de su afecto. Es importante que él sepa que siempre puede recurrir a ella con sus preguntas e inquietudes, que será bien recibido y satisfecho en su curiosidad. Procuremos evitar frases como: “ahora no te puedo escuchar”, o “no tengo tiempo”. Si realmente no podemos hacerlo en ese momento, digámosle: “querido, ¿podríamos hablar dentro de un rato, cuando termine lo que estoy haciendo?” o “a la tarde conversaremos y te explicaré”. El no debe sentir que es una molestia para nosotros el contestarle. Debemos tener tiempo para educar, orientar, corregir, tranquilizar, ayudar a nuestro hijo.

2) ETAPA ESCOLAR

Esta es una etapa que nos exigirá mucho, tanto en tiempo como en dedicación.

Tareas escolares.

Comienza el aprendizaje escolar y el niño necesitará ayuda y apoyo. La ayuda debe ser medida y bien orientada para no anularlo. El debe asumir su propia responsabilidad y realizar la tarea por sí mismo. La madre evacuará sus consultas y le indicará cómo realizar el trabajo, pero él deberá llevarlo a cabo solo. También le irá enseñando a estudiar y a pensar, para que pueda arribar a conclusiones lógicas por sí mismo. Es importante cuando el niño regrese del colegio, encuentre a su madre esperándolo en la casa. Se sentirá bienvenido. Es la presencia de la madre lo que da calidez al hogar.

Generalmente su área de aprendizaje no se limitará a la escuela, sino que desarrollará algunas otras habilidades como música, dibujo o idioma. Quizás alguno opte por practicar deportes. Es decir, que se mantendrá sumamente ocupado de lunes a viernes. Debemos proveer entonces un esparcimiento adecuado durante el fin de semana. Alguna actividad al aire libre, o paseo que los

despeje y rompa la rutina (de paso, a los padres también nos viene muy bien). Para que la cosa resulte bien, lo mejor será planificar de antemano qué vamos a hacer.

Compartir habilidades.

Yo he encontrado particular satisfacción en enseñar a mis hijos inglés, y ayudarles con sus lecciones de música. Animo a las madres a que compartan sus habilidades con sus hijos. Crea un lindo ambiente de compañerismo y cooperación (aunque a veces cuesta mantener la disciplina por el exceso de confianza). Lo importante es estar con ellos, disponer de tiempo, participar de sus actividades.

Disciplina.

En esta edad, especialmente, es necesario ser firmes con la disciplina, el orden y la obediencia. Si el niño se da cuenta de que tiene alguna manera de evadir nuestras demandas, norma o restricciones, lo hará invariablemente, y habremos perdido autoridad. Debemos exigir el cumplimiento de las órdenes que se le dan, como asimismo respeto a las normas vigentes en el hogar. Si no lo hace, deberá ser advertido del castigo a que se hará acreedor, y si no cede, finalmente disciplinarlo. Sería interesante tener el libro “Atrévete a disciplinar” como material de consulta.

Interés sexual.

También durante este período se produce un despertar del interés sexual. Si hay una buena relación con sus padres, el niño hará preguntas. Si no las hace, debemos constatar que las vías de comunicación estén abiertas, y subsanar cualquier problema que exista. El tiene que saber que mamá y papá están siempre disponibles y que no les molestan sus preguntas. Sé que generalmente a los padres les cuesta enfrentar este tema con sus hijos. Sugiero que lean algo sobre la materia. Me permito recomendar el libro “El Origen de la Vida”, de Mariela Quartana.

Puede ser que los chicos de 9 y 10 años lleguen en su curiosidad hasta querer saber cómo se realiza el acto sexual. Yo he debido enfrentar ese problema con mis hijos. Personalmente, pienso que es algo prematuro a esa edad, pero vivimos dentro de una sociedad que nos condiciona. Ellas habían escuchado prácticamente todo lo que se puede escuchar sobre el tema en la escuela, de parte de sus compañeros. Por lo tanto, no se podía hacer nada sino tomar el tema y enseñarlo, dándole la pureza y santidad que Dios le ha otorgado dentro del matrimonio y mostrando lo perverso, sucio y destructivo que es fuera de él. No se podía dejar en la mente de los niños la basura que habían oído ignorando el tema, sino que había que explicar y corregir todo lo que les hubiera llegado distorsionado. Yo me inclino a dar primeramente una explicación científica del asunto, señalando que así como existe un aparato respiratorio, un aparato digestivo, etc, en el organismo, también hay un aparato reproductivo que consta de tales y cuales órganos y funciona así y así. Luego culmino con una explicación de lo que Dios tenía en su mente cuando hizo las cosas de esta manera, y el por qué no debemos desvirtuar su uso.

Cuando hablé con mis niñas, lo tomaron muy bien y quedaron satisfechas con la explicación. En el aspecto sexual, los chicos de hoy en día maduran intelectualmente (o se los hace madurar a

través de la excesiva información que se les proporciona) antes de alcanzar la pubertad (12 a 14 años), y la madurez o el equilibrio emocional, lo cual hace que debamos manejar con todo cuidado y delicadeza estos temas, evaluando cuándo sea el tiempo propicio para hablar.

Televisión.

Resulta muy nocivo para el chico sentarse durante dos o tres horas al día (a veces más) frente al televisor. Sería recomendable que los padres seleccionaran un programa de una hora, y sólo se le permitiera ver eso. Hay muchos programas vacíos o tontos que le llenan la cabeza de pavadas. Otros son violentos, le contagian agresividad y le llevan a ver la violencia como algo común y corriente. Todo esto es peligroso por el sedimento que va dejando en la mente y el espíritu. No podemos permitir que Satanás plante su semilla de maldad en nuestro niño sin hacer algo por impedirlo. ¿Cuántas horas por día está oyendo la palabra de Dios? Eso es precisamente lo que necesita, que se le llene de pensamientos positivos y saludables.

Enseñanza espiritual.

La Palabra de Dios tiene que ocupar un lugar importante dentro de la enseñanza en esta etapa. El niño es capaz de recibirla, comprenderla, memorizarla y atesorarla. También es necesario llevarle a experimentar todas aquellas cosas de Dios de las que le hablamos. Un niño de 9 o 10 años puede entender lo que significa el arrepentimiento, el bautismo, el bautismo en el Espíritu Santo, y experimentar todo eso. Así que no dejemos para más adelante el comienzo del discipulado.

Lectura.

Estimulemos la buena lectura. Al programar y supervisar lo que ve por televisión, quedará más tiempo libre para leer. Animémoslo a leer buenos libros, cristianos y seculares. Leamos con él si es preciso. Eso le enriquecerá interiormente, ampliará y corregirá su vocabulario y le dará mayor cultura general. ¡Vale la pena intentarlo!

La violencia.

El ser humano no ha sido diseñado para no reaccionar, así que frente a un mal trato, el niño reaccionará bien o mal, pero no quedará impasible. Llémosle a dejar que Dios reaccione en él, para que su respuesta a un insulto o un golpe sea “agresivamente” buena. Es decir, que él pueda perdonar de todo corazón y hacerle bien a quien lo maltrata. Si ha entregado su vida al Señor y ha recibido el Espíritu Santo, por supuesto, le será posible realizarlo.

Responsabilidades hogareñas.

El niño debe asumir sus responsabilidades dentro de la casa. Para ello, es necesario que los padres las señalen clara y específicamente, a fin de que sepa lo que se espera de él. Esto le ayudará a madurar y sabrá apreciar el trabajo de sus padres.

Identificación con el padre del mismo sexo.

Por este tiempo, el varón comienza a sentirse más identificado con el padre y la nena con la madre. Sería oportuno que el padre saliera a pasear o a practicar algún deporte con su hijo de vez en cuando. Lo mismo la madre con la niña.

Deportes y Esparcimiento.

A partir de los 10 años, más o menos, el niño comienza a interiorizarse por la práctica de algún deporte. Es bueno compartir con él. Hace un año que hemos comenzado, junto con mi esposo, a ponernos de nuevo los patines, montar la bicicleta o ir a nadar con los chicos. ¡Es increíble como une a la familia! Somos compañeros. Participamos de sus cosas y nos reímos con ellos. Y ellos se sienten muy bien. ¡Todos nos sentimos bien! No queremos perderlos. Está muy bien que el niño quiera tener amigos y compartir con ellos, pero eso no significa que tenga que cortarse la relación familiar. No vamos a sentarnos en un sofá, mirando a nuestros hijos alejarse de nosotros, mientras pensamos: ‘qué va a hacer, así es la vida, ahora necesita amigos, a nosotros ya no nos necesita más’ ¡No es cierto! Nos necesita y lo necesitamos. Y somos nosotros quienes deberemos adaptarnos a él. Es lindo. Es como volver a la juventud y retomar todas aquellas actividades que quedaron relegadas por el casamiento y los hijos pequeños. ¡Uno rejuvenece!

Y hasta aquí llego mi amor, o lo que es igual, mi experiencia. De aquí en más transmitiré lo que una buena amiga mía, Egda Snyder, madre de seis hijos, me ha compartido.

C. LA ADOLESCENCIA

En su libro “Preparémonos para la adolescencia” James Dobson dice que ésta “es la época de mayor tensión e inquietud de la vida”. ¿Por qué? Por los cambios físicos que se producen. Por el surgimiento de deseos e impulsos sexuales, con el consiguiente sentimiento de culpabilidad (muchas veces motivado por una mala enseñanza referida al sexo). Porque el adolescente es inseguro y muchas veces tiene complejos de inferioridad. Porque se siente muy herido cuando fracasa. Porque es propenso a hacer el ridículo (con formas extravagantes de vestir o comportarse) y a sentir vergüenza. Porque quiere independizarse de sus padres. Porque teme la burla y el rechazo por parte de algún miembro del sexo opuesto. Porque no es niño ni adulto.

Durante este período, el adolescente muestra gran capacidad para aprender de memoria, le interesan las aventuras, posee una imaginación muy viva y un fuerte sentido de humor. Tiene tendencia a soñar. Le gusta hacer descubrimientos y razonar.

Es idealista, altruista, leal. Pero de ánimo fluctuante y conducta desapareja (por momentos actúa como un adulto y por momentos como un niño). Cree que la gente no lo comprende. También hace juicios prematuros y es algo intolerante. Quiere independizarse de los adultos y pertenecer a un grupo o barra. Los padres han dejado de ser sus héroes y los reemplaza por otros, a los que admira. Es importante que los padres actúen con integridad y honestidad frente a él, pues él los ve tal como son. Ya no los idealiza y es capaz de puntualizar cada uno de sus defectos y errores. Ellos no deben pretender ser lo que no son porque no engañaran al adolescente y sí, en cambio, perderán su confianza. Es bueno y

necesario saber reconocer las propias fallas y debilidades delante de él y disculparse cuando sea el caso. El puede comprender que sus padres sean falibles, pero que nunca sean hipócritas. El solo hecho de ser padres no nos califica como sabelotodos y dechados de virtudes, y el adolescente lo sabe. Si hemos entrado al Reino de Dios cuando nuestro hijo ya era grande, debemos hablar con él, puntualizar aquellos errores que cometimos en su crianza, y pedirle perdón por lo que hayamos hecho mal. El lo apreciará y sentirá que puede confiar en nosotros. Es importante ser ejemplo. En esta edad, más que en ninguna otra, el chico hará no lo que le digamos que haga, sino lo que nos vea hacer. Es una época de dudas y titubeos. No sabe bien lo que quiere. Debemos ayudarlo a entenderse a sí mismo y a hacer sus elecciones (lo cual no significa decidir por él). Habrá que tomar tiempo para hablar. Lo necesita. Le preocupa el futuro, el curso que tomará su vida, la carrera por la que se inclinará. Brindémosle apoyo. Ayudémosle a arribar a una decisión (sin presiones). El necesita un guía, no alguien que le diga todo lo que tiene que hacer.

Nuestra propia experiencia como adolescentes nos servirá para entenderlo. Si la relación con nuestros padres fue difícil y conflictiva, estaremos mal predispuestos para enfrentar la adolescencia de nuestro hijo. Tal vez necesitemos sanidad interior antes de poder ayudarlo.

Otro punto importante es instarle a relacionarse con la gente, especialmente con lo de su edad, y estimularlo a que se haga de amigos. Si logra establecer buenas relaciones durante esta época, será capaz de hacerlo a lo largo de toda su vida. Pero si en cambio se muestra introvertido y se encierra en sí mismo, le resultará luego mucho más difícil la comunicación. Nosotros tenemos que estar dispuestos a abrir la casa para recibir a sus amigos, aunque signifique más trabajo. Esto nos permitirá conocer en mayor profundidad a sus amistades, lo cual es sumamente necesario. Debemos ser cuidadosos de que no ande en malas compañías.

Durante esta época se terminará de completar la educación sexual, asegurándonos de que los canales de comunicación sigan abiertos. En tiempos de tanta libertad como éste, es imprescindible dar un claro enfoque cristiano al tema del sexo, creando una moralidad sana en nuestro hijo.

Es necesario, además que sea entrenado en las tareas del hogar, principalmente la mujer, y que asuma mayor responsabilidad a medida que crece. No es bueno para él recibir todo hecho. Recordemos que estamos preparándolo para la vida.

No olvidemos ser amigos. Este es el momento en el que nuestra relación con él se fortalecerá o sufrirá un corte, a veces definitivo. Seamos compinches, compartamos. Demostrémosle nuestro afecto. De vez en cuando escribamos una notita diciéndole cuánto le amamos, lo contentas que estamos que sea nuestro hijo, etc. Le hará mucho bien.

No desatendamos su vida espiritual. Oremos con él y por él. Ministrémosle y continuemos con la obra del discipulado que comenzamos en la etapa escolar.

D. LA ADULTEZ

En su juventud nuestro hijo será una persona más equilibrada y estable. Algunas incógnitas ya habrán sido develadas (su vocación y la carrera a través de la cual la canalizará, la elección de su pareja, etc.) y estará abocado a lograr sus metas u objetivos. Es tiempo de seguir apoyándolo, cultivando su

amistad, y disfrutando de su compañía, puesto que a corto plazo, probablemente, formará su propio hogar y partirá de nuestro lado. Si aún no está de novio (novia), ayudémosle a encontrar su pareja, aconsejándole, animándole, ubicándole frente a los posibles candidatos. Y una vez que haya hecho su elección, apoyémosle y bendigámosle. Recibamos de todo corazón al elegido, sin cuestionamientos ni recelos. No es un intruso ni un rival compitiendo por el afecto de nuestro hijo (a), sino un nuevo hijo (a), otro integrante de la familia.

Mostremos buena disposición hacia sus familiares y comencemos a relacionarnos con ellos.

Casamiento de los hijos.

Visualicémoslo como un objetivo alcanzado y no como el fin de la relación con nuestro hijo. Al llevarlo frente al altar, digamos: “Señor, he realizado la tarea que me encomendaste. Me siento feliz de haber llegado a este día. Te devuelvo al niño que me pusiste en mis manos, ya apto y capaz de bastarse a sí mismo y aún de tomar otro a su cargo y levantar una familia propia. No lo pierdo. ¡Lo he ganado! Y en premio recibo la añadidura de un nuevo hijo (hija) y los nietos que vendrán”.

La relación ahora no será tan cercana, pero no tiene por qué cortarse. Que el afecto perdure y se acreciente, depende en gran parte de la suegra. Ella deberá ser dulce y cariñosa, pero discreta. Servicial pero nunca entrometida. Ubicada y respetuosa frente al nuevo matrimonio. El o ella han dejado de ser su hijo o hija como función y ya no cabe dar indicaciones, directrices y aún consejos (a menos que seas requeridos). Sólo queda una relación afectiva, un vínculo familiar y una ascendencia espiritual. Hagamos de esto algo hermoso, y nuestros hijos, nueras y yernos buscarán estar con nosotros, nos pedirán consejo y ayuda en el momento en que los necesiten y sentirán la alegría de formar parte de nuestra familia.

Maestras del bien.

Además, una vez que ha casado a sus hijos, la mujer tiene por delante una noble tarea, que el Señor mismo le ha encomendado: *“Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; ... maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadoras de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea estorbada”.*

Tito 2.3-5

Toma la boda de tu hijo como si fuera el día de tu graduación. El Señor te da el diploma de madre y te comisiona para entrar en su servicio, ejerciendo el ministerio de “maestra del bien”. Ahora estás plenamente capacitada y dispones del tiempo para hacerlo. Sería una lamentable pérdida desperdiciar todo el cúmulo de experiencias con la que los años te han dotado. El Señor te está llamando a su obra. Tendrás el inmenso privilegio de ser una de las que colaboren en edificar la iglesia. Usa tus dones. No pierdas la visión. Sigues siendo madre. Sigues siendo educadora, sólo que ahora tu campo de acción se ha ampliado, tu familia ha crecido.

Deja que la gracia de Dios opere en ti y te transforme en esa “maestra del bien” que tú no crees estar capacitada para ser, pero que él, sin lugar a dudas, puede formar en ti.

Bibliografía sugerida para el tema COMO ESPOSA.

La Esposa Virtuosa, *por Linda Dillow*

La Familia Cristiana, *por Larry Christenson*

La felicidad sexual en el matrimonio, *por Herbert Miles*

Bibliografía sugerida para el tema COMO MADRE

El difícil Arte de Ser Madre, *por Ana María Zanzuchi*

La crianza de los Hijos, *por Keith Bentson*

El origen de la Vida, *por Mariela Quartana*

Atrévete a Disciplinar, *por James Dobson*

Preparémonos para la adolescencia, *por James Dobson*

EL OBRERO - SU FUNCIÓN

Iván Baker

Introducción:

Debemos ahora hablar del obrero y su visión, como algo indispensable para su preparación espiritual y la eficacia de su función.

Un discípulo sin visión es un discípulo anormal. Por su puesto, esta anormalidad sería menos admisible en un obrero del Señor.

Cuando digo visión, me refiero a un llamado de Dios – un llamamiento celestial, esa comisión divina que nos levanta más allá de la mera experiencia: que me salvé, que oro, que leo la Biblia, que me congrego, que asisto a las reuniones, que formo parte del grupo tal o cual. Mucho más allá y muy sobre esto hay un llamado, una visión celestial.

Es la visión celestial que nos ayuda a no perdernos entre una multitud de conceptos y preceptos cristianos, de acciones y obras espirituales, de reuniones y actividades; es algo que nos levanta para hacernos mirar las cosas de Dios por los ojos de Dios, como si estuviéramos mirando todo sentado a su lado, compartiendo sus pensamientos, su expectativa y su emoción.

Cuando el Espíritu Santo implanta la visión en nuestro ser, esa visión nos domina, nos llena; es como una gloria que nos ilumina, nos excita, nos emociona, hemos conocido la mente del Altísimo, sus pensamientos, sus deseos; vemos y comprendemos su obrar y todo nos resulta excitante y maravilloso. Al impartirnos su conocimiento nos ha dicho:

“¿Quieres colaborar conmigo, quieres ser mi conductor? Tú y yo lo haremos juntos. Yo, solo, no lo puedo hacer, te necesito. Si colaboras conmigo te haré participe de mi gracia, mi presencia y mi poder. Juntos haremos proezas, venceremos al maligno, llenaremos mi gloria con hijos que brillarán como estrellas a eterna perpetuidad. Te será administrada una amplia y gloriosa entrada a mi presencia cuando hayas peleado la buena batalla y acabado con victoria tu carrera. ¡Recibirás de mi mano el premio, te coronaré de gloria para siempre!

A.1 Dios imparte la visión individualmente.

No es algo que se recibe colectivamente, o que se comunica del púlpito. Es algo que el Espíritu tiene que imprimir personalmente en cada uno, por medio de su iluminación o conocimiento. Efesios 1.18 *“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”*.

Es algo que viene cuando meditamos, pesando esta revelación en la presencia de nuestro Padre al recibir la iluminación del Espíritu. Es algo que penetra y se hace fuerte en nosotros cuando nos disponemos y nos entregamos para obedecer la visión; cuando nuestra voluntad se rinde para unirnos al deseo de Dios y transformarnos en ejecutores con él.

A.2 Es para todos sus hijos.

Esta iluminación del Espíritu no es la prerrogativa de algunos sino que es la voluntad de Jesucristo que todos sus discípulos, igualmente, estén saturados de la visión. Por eso Pablo escribe la carta a todos los efesios; por eso él es tan claro en dar énfasis a su llamado, su visión y su meta (Fil. 3) e insta a todos a imitarle. Dios no tiene hijos privilegiados: su revelación es para bendecir y llenar a todos sus hijos. Es más, él necesita que todos estén llenos de su revelación para que con su pueblo pueda bendecir al mundo. El quiere una Iglesia de hijos donde todos conocen a él y son conducidos y sostenidos por la visión de su glorioso llamado.

A.3 Es lo normal.

Es importante decir otra vez que aunque parezca extraordinario todo esto que venimos hablando acerca de la visión, no es extraordinario sino que debería ser muy ordinario, muy normal. En realidad es “*nuestro racional culto...*” (razonable, inteligente) Romanos 12.1. Lo contrario sería anormal: un discípulo de Jesucristo que carece de gloria; que no está excitado en cuanto a su divino llamado, que no tiene visión celestial, que sólo canta, alaba, ora y vive una vida espiritual sólo porque es cristiano y va a ir al cielo. Esto sí es anormal.

Recordemos que cuando Cristo nos llamó para servirle, nos impuso la condición de “*perder nuestra vida por causa de él y del evangelio*” Mr. 8.34-35. El orden de Dios es que “*busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas nos serán añadidas*” Mt. 6.33

Este marcado desnivel entre el llamado de Dios y las demás cosas de nuestra vida es condición prioritaria si queremos ser obreros eficaces en nuestra obra.

Debemos ser, entonces, mucho más que hombres cristianos, conocedores de doctrinas espirituales, llevando vidas consagradas con buenas intenciones de servir al Señor, **TENEMOS QUE SER HOMBRES SATURADOS DE UN SUPREMO LLAMAMIENTO CELESTIAL.**

Los plagios:

Nos avergüenza saber que “*los hijos de este siglo sean, muchas veces, más sagaces que los hijos de luz*”. Nuestro enemigo sabe imitar y conducir a sus secuaces, entrenándoles a ser más obedientes a él que lo que somos muchos de nosotros a nuestro Señor.

Douglas Hyde, ex comunista convertido al Señor, en su libro *Dedicación y Liderazgo*, dice:

“El comunismo llega a ser el elemento dominante en la vida de los comunistas. El comunismo apela al sentido idealista en forma directa y audaz. Ellos dicen, que si hacemos pequeñas, mezquinas demandas, también se nos devolverá esa misma medida de interés y devoción. Pero si demandamos mucho de ellos, obtendremos una respuesta heroica”.

Ellos tienen una voluntad para el sacrificio. Diría que más allá de toda duda, es un idealismo, su celo, su dedicación y su devoción a su causa que inspira su espíritu de sacrificio.

Ellos siempre trabajaron a través de una minoría. Ellos han dependido de los pocos fieles, aquellos que estarían dispuestos a sacrificar su tiempo, su energía y su devoción por mantener ardiendo

la llama de la causa. Ellos tienen destreza en encender la imaginación y crear en sus seguidores una actitud de dedicación y compromiso, para disponer de una fuerza de hombres lista para una acción llena de eficacia y significado.

No creo que la fuerza del comunismo estribe en la fuerza de sus ideas. Yo creo, como creará todo cristiano, que el cristianismo posee algo infinitamente mejor para compartir que lo que tiene el comunismo. Pero la fuerza del comunismo estribe en sus hombres y en la manera en que ellos son usados. Y tienen algo común que les caracteriza donde quiera que vayan: unidad.

Hermanos, estamos imbuidos de un espíritu de gloria por causa de nuestro alto y sublime llamamiento. Todo esto comprenda una visión gloriosa que nos levante y nos impulse sobre todas las dificultades, sobre todas las pequeñeces. Dios nos haga hombres grandes, estables, gozosos, llenos de fe. Que la visión celestial se encarne en nuestro ser, modifique totalmente nuestro estilo de vida, nuestra forma de pensar, nuestras decisiones, nuestro amor, nuestro trabajo, nuestro tiempo. La visión nos sature, nos domine, nos inspire, nos excite. Sea nuestro ideal, nuestro sueño. Que sea lo supremo, que sea nuestro glorioso Cristo Jesús revelado en su gloria y nosotros amándole y sirviéndole conforme a su llamado celestial.

B.1 ¿QUÉ CONTIENE LA VISIÓN?

Cuando Pablo dice al rey Agripa: “*No fui rebelde a la visión celestial*”. Hechos 26.19, pienso que no se refería solo al resplandor de luz que le cercó, tampoco al solo conocimiento de Jesús. Era más que eso aunque entendemos que allí comenzó la revelación. Dios le llevó aparte y le impartió su completa revelación. Gálatas 1.15-17.

Por lo que posteriormente nos revela Pablo sabemos lo que Dios le impartió. Le reveló su plan, su propósito eterno en Jesucristo. Después le impartió el conocimiento de los recursos y la manera en que Dios quería que llevara a cabo la obra. Esto es lo que le capacitó para ser obrero idóneo, un verdadero arquitecto para edificar la Casa de Dios, su Iglesia.

Entonces diríamos que la visión contiene fundamentalmente:

- a) EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS EN JESUCRISTO y
- b) LAS INSTRUCCIONES Y ELEMENTOS PARA LLEVARLO A CABO:
 - 1) Recursos
 - 2) Modo de operar (Estrategia)

Nota: Aunque esto es lo fundamental, no es menos importante destacar que también nosotros, como siervos de Dios, EN LA VISIÓN DEBERÍAMOS VISUALIZAR (por la FE) LA PARTE NUESTRA EN EL PLAN DE DIOS: la obra que Dios hará a través de nosotros.

Cuando Pablo dice: “*llené todo del evangelio...*”, pienso que no fue algo casual, sorpresivo; lo vio antes. Lo soñó, lo deseó, se lo pidió al Señor. (“*Pídeme y te daré por herencia las naciones...*” Salmo 2.8 “*no tenéis lo que deseáis porque no pedís*” Santiago 4.2) Esta parte de la visión comprendía su obra, allí depositó su fe. Su obra estaba unida a la visión lo cual le dio ímpetu, abrió los canales de su

espíritu, le brindó denuedo. Luego se lanzó adelante como a una cosa cierta. Quizá al principio no veía mucho ni lo veía claro, pero a medida que avanzaba en su ministerio su fe aumentaba y se hacía más clara la visión. Se lanzó adelante como a una cosa cierta, desestimó a los adversarios. Puso en subordinación su cuerpo, desestimó sus debilidades. Dios le honró de acuerdo con su fe.

Estas cosas componen el esquema de los estudios que consideraremos en las próximas clases.

EL OBRERO EN SU FUNCIÓN

Iván Baker

SU MODO DE OBRAR

Introducción:

Hemos hablado acerca de la disposición del obrero, también de su visión como el punto esencial de claridad, comprensión y fe acerca de lo que Dios le ha encomendado. Vimos que su visión está centrada en el propósito eterno de Dios. Sabe qué quiere Dios. Pero para que sea eficaz colaborador de Dios en la obra encomendada, no sólo debe saber qué quiere el Señor que su siervo haga. Esto hace que tengamos que definir el modo de obrar para lograr el debido impulso, objetividad y definición en la obra que debe hacerse.

Cuando conocemos qué quiere Dios, tenemos el plano; pero cuando conocemos cómo el Señor quiere que hagamos su obra, recién conocemos las herramientas y la manera de proceder con los materiales. Ambas cosas son igualmente importantes. Si tengo el plano pero no tengo las herramientas, no sé cómo lo tengo que hacer. Ambas cosas son igualmente importantes. Para realizar cualquier cosa es indispensable que determinemos concretamente cuáles serán los métodos para llevarla a cabo.

En esta lección entonces nos toca desarrollar la manera en que debemos movernos para llevar a cabo la obra del Señor.

EL MODO DE OBRAR DEL OBRERO.

Como la obra que Dios ha encomendado a sus obreros es espiritual y divina, la fuente en que debemos inspirarnos para conocer los métodos que Dios propone para hacer su obra, tiene que proceder de él mismo. Y él nos ha preparado una fuente abundante de inspiración que en su mismo Hijo Jesús quien es el siervo perfecto, el maestro consumado, en quien el Padre tuvo todo contentamiento.

Por muchos años se ha pensado que Jesús vivió en un tiempo remoto y que por lo tanto, no hay relación entre aquellos y estos días modernos de hoy, tan llenos de extraordinarios recursos. Sin embargo, al comparar el enorme éxito de la obra que hicieron los que siguieron a Jesús y el escaso fruto de estos tiempos modernos, a pesar de todo el bagaje de equipos y extraordinarios medios de comunicación, en todo el mundo los siervos de Dios están mirando otra vez a Jesús y hallando en su modo de obrar las claves sencillas, pero las más fundamentales para el más poderoso impulso en la multiplicación y la edificación de la Iglesia.

Es que aunque nos impacta la diferencia entre el mundo de los días de Jesús y el mundo de estos días, sin embargo los elementos esenciales que están en juego para la obra del Señor son exactamente los mismos: el hombre es igual, su necesidad es la misma, sus debilidades son las mismas, la forma de llegar a su corazón es la misma, el evangelio es el mismo, Dios es el mismo, y él quiere que su Iglesia sea la misma hasta el fin del mundo.

De esta manera Jesús se nos vuelve a presentar como el maestro perfecto y consumado, la verdadera fuente de toda inspiración para la obra que debemos llevar a cabo, del cual nunca deberíamos habernos apartado. 1 Juan 2.6, 1 Pedro 2.21

Entendemos que cuando el Señor da su mandato de hacer discípulos, él nos está enviando a sus discípulos para que tomen su mensaje y hagan como les parezca. La posterior obra de los discípulos nos hace entender que ellos obraron imitando a Jesús. Y esto es lógico. ¿Pensamos que el Gran Maestro podría vivir y obrar con ellos tres años y medio, predicando y formando discípulos, sin que esto tenga valor?

Sería mejor concebir su mandato en estos términos: “*Como yo hice con vosotros, ahora vosotros también id, haced discípulos...*”.

HASTA QUE PUNTO DEBEMOS IMITAR A JESÚS.

La respuesta es muy simple: ¡En todo! Debemos imitarlo en todo lo que dijo y lo que hizo y también en cómo lo hizo. Igualmente debemos imitarle en lo que no dijo y no hizo. La Iglesia ideal es aquella donde se dice todo lo que Jesús dijo, se hace todo lo que Jesús hizo y no se dice nada de lo que Jesús no dijo, ni se hace nada de lo que Jesús no hizo. Son las cosas que decimos que no dijo Jesús y las cosas que hacemos que no hizo Jesús las que dañan y destruyen la Iglesia. Cuanto más literalmente entendemos esto, mayor aprobación y bendición tendremos de Dios sobre nuestra obra.

EL MANUAL DEL OBRERO.

Esto hace que los cuatro evangelios se constituyan en manual del obrero, que le enseñan de qué manera tiene que obrar para llevar a cabo la obra del Señor. Para esto es necesario leer los evangelios, no para buscar conceptos doctrinales sino descubrir la manera en que Jesús obró.

Cuando vemos a Jesús caminando, predicando y obrando entre la gente nos haremos algunas preguntas como estas: ¿dónde iba?, ¿cómo vestía?, ¿qué cosas llevaba?, ¿dónde hacía la obra?, ¿cómo se relacionaba con la gente?, ¿qué cosas pedía que le dieran para hacer la obra?, ¿en qué lugar predicaba sus sermones y a qué hora?, ¿qué pretendía obtener de los que le oían?, ¿qué hacía con los contenciosos?, ¿qué hacía con los que creían?, etc.

La respuesta que encontramos en los evangelios a esta clase de preguntas nos revelará el modo de obrar de Jesús, y esto es lo que tenemos que imitar, estudiando las definiciones y aplicándolas luego a nuestra forma de obrar.

Vemos algunas definiciones que aprendemos en el modo de obrar de Jesús:

1. NADA HACIA POR SI MISMO.

En primer lugar es necesario destacar este punto que está en la base del obrar de Jesús. El decía: “*Nada hago de mi mismo; el Padre que está en mí él hace las obras*”. Su relación con el Padre era perfecta y su obediencia a su voluntad también. Era el Espíritu Santo en él que imprimía la presencia, voluntad y poder del Padre. Esto hacía que él pudiese decir: “*El Padre que está en mí, él hace las*

obras...” El solo era un instrumento entregado dócilmente. Aunque era Dios, se humilló hasta hacerse siervo perfecto para dejarnos ejemplo de lo que es vivir en el Espíritu.

2. EN TODO MOSTRO SENCILLEZ.

Su persona:

Entre los hombres era el más humilde: de oficio carpintero; se le llamaba “hijo del carpintero”. También se le decía “el carpintero”. No cursó estudios importantes y si fue a la escuela, habrá sido la que estaba al alcance de la gente pobre. Según los fariseos sería un hombre sin letras.

De su apariencia Isaías decía: No hay hermosura ni atractivo en él. Para identificarlos entre los discípulos, Judas dio la señal del beso. No tenía dinero ni bienes; El decía: *“Las zorras tienen sus cuevas y las aves nidos, mas yo no tengo donde reclinar mi cabeza”*.

Sus recursos para hacer la obra:

No tenía recurso alguno, es decir, ninguno especial. Su “material”era el corazón de los hombres en cualquier lugar y en todo lugar. Su “púlpito”consistía en lo que se le daba en cualquier parte a cualquier hora, ya sea caminado, de pie en la calle, en una plaza, en medio de una aglomeración, sentado a la mesa, sentado en su barca, en el brocal de un pozo, sobre una piedra, en un monte. Cualquier lugar, cualquier situación o elemento que tuviera a la mano era adecuado para hacer su obra. Su “libro” era su mente y espíritu entregado a su Padre para que el Espíritu Santo hablara e hiciera las obras.

Su lenguaje:

Aquí también vemos la sencillez de Jesús porque él hablaba el lenguaje común, el que todos entendían. Aunque el era Alto y Sublime, jamás afectó ostentación con su lenguaje, su sabiduría o su poder. En él no había nada para alimentar el orgullo de los hombres, sino que acomodaba sus palabras para que los más humildes pudiesen entender.

3. TENÍA PASIÓN POR SALVAR A LOS PECADORES.

El declaraba: *“El Hijo del hombre vino para buscar y salvar a los pecadores”*, y rodeaba todas las comarcas, ciudades y pueblos de Israel incansablemente predicando la palabra. Expresó su celo con estas palabras: *“Mi comida y mi bebida es que haga la voluntad de mi Padre y que acabe su obra”*.

Fue notable la importancia que daba a una sola persona: El ciego Bartimeo, que para atender su clamor, detuvo la multitud; lo mismo hizo con Zaqueo: detuvo la predicación para comer con él en su casa; la mujer de Samaria, Leví, etc.

4. TENÍA COMPASIÓN DE LOS HOMBRES

Tenía compasión de los hombres porque los veía como ovejas desparramadas sin pastor. Lloró sobre Jerusalén usando palabras tan tiernas para expresar cuando había amado y deseado la salvación de ella, *“...cuántas veces quise juntar a tus hijos, como gallina junta sus polluelos debajo de las alas...”*

El joven rico se fue triste, porque no recibió la palabra de Jesús, pero Jesús le amó.

5. SE DABA A SI MISMO

El sentido básico de su proclama consistía en presentarse a sí mismo como una entrega de amor. Era el pan del cielo para que los hombres coman; era el agua viva para que beban. Su proclama era: “Venid a mí....” “Sígueme”.

6. NUNCA PROCURÓ MOVER A LOS HOMBRES PARA QUE VENGAN A EL

Él iba hacia los hombres y tenía encuentro con ellos en el lugar y en las circunstancias mismas donde se hallaban y no procuró que los hombres viniesen a él. Esto es porque Jesús conocía la condición del hombre, que está ciego, preso y muerto por el pecado. 2 Corintios 4.4; Lucas 4.18; Efesios 2.1. Su llamado: “*Venid a mí...*” ocurría cuando estaba frente al pecador y se refería a una transacción espiritual y no a un movimiento físico del hombre.

7. DEDICÓ SU MINISTERIO PRINCIPALMENTE A LA FORMACIÓN DE 12 HOMBRES

Esto se evidencia en que es a estos doce hombres a quienes dedicó la mayor parte de su tiempo. Es a estos a quienes él se entregó a sí mismo. Le reconocieron íntimamente, volcó en ellos todo lo que tenía hasta donde alcanzaba la capacidad de ellos. Juan 13.1. Luego le confió al Espíritu Santo para que completara en ellos ese depósito. Juan 16.13

Predicó a las multitudes pero reveló su verdad solo a esos doce hombres a quienes llamó apóstoles. Mateo 13.10-17

8. ESOS DOCE HOMBRES CONSTITUYERON SU EQUIPO DE TRABAJO

Una premisa en la estrategia de Jesús fue el llamado de estos doce hombres para que le acompañasen en su ministerio. Fue una de las primeras cosas de que se ocupó al principio de su predicación.

Una de las razones para esto fue lo que expusimos en el concepto anterior. Pero también es cierto que ellos constituirían la pequeña compañía de amigos que formarían su equipo de trabajo.

¿Necesitaba Jesús estar acompañado? Sí. El necesitaba el amor y la consolación de esos hombres. El que dijo en el principio: “*No conviene que el hombre este solo*”, necesitó de compañía. El que posteriormente los mandó de dos en dos, conocía en carne propia el valor de esa amistad. Esos hombres le amaron, cuantos tantos le odiaron; le comprendían cuando tantos no le comprendían. Fueron su consuelo cuando todos le dejaban. Los oídos de ellos estaban abiertos y le oían atentamente, cuando tantos otros le desoían. Con ellos abría su corazón, razonaba, oraba, caminaba y predicaba. Cuando en Getsemaní no pudieron velar junto a él, Jesús se angustió en espíritu y sintió su soledad. Mateo 26.37-40.

9. USO DE SUS DISCÍPULOS COMO PUENTE PARA ALCANZAR A OTROS

Jesús veía detrás de los que se convertían a otros que pudieran ser alcanzados: El hombre de Gadara: “*Ve y cuenta a los tuyos...*” Marcos 5.19-20; la mujer de Samaria: “*Ve y trae a tu marido*” Juan 4.16-28; Zaqueo: “*Es necesario que hoy pose en tu casa*” Lucas 19.2-10

De la misma manera Jesús usó a sus discípulos: Leví: cuando sigue a Jesús, le lleva a su casa; Marcos 2.14-15; le vemos en casa de Pedro: Mateo 8.14. También fue y predicó en las ciudades de sus discípulos: Mateo 11.1

Los apóstoles también imitaron a Jesús en esto: Pablo cuando se convirtió Lidia: Toda su casa oyó la palabra Hechos 16.14-15; cuando se convirtió el carcelero: Predicó a toda su casa Hechos 16.32; etc.

10. LES ENVIÓ COMO EL PADRE TAMBIÉN LE HABÍA ENVIADO A ÉL.

Después de tres años y medio de estar con ellos, la noche del mismo día en que Jesús resucitó, al impartirles el Espíritu Santo, les envía con estas palabras: “*Como me envió el Padre, así también yo os envió*” Juan 20.21

11. LES CONFÍO AL CUIDADO, AL ESPÍRITU SANTO

Notemos que esta era una condición indispensable. A pesar de que Jesús había terminado su obra los apóstoles estaban mucho menos que preparados. Los últimos acontecimientos que precedieron la crucifixión mostraron la debilidad, temor e ineptitud de ellos para afrontar la continuación del ministerio de Jesús.

Pero Jesús, que sabía bien lo que hacía, confiaba plenamente en la sabiduría y poder del Espíritu Santo para capacitarlos plenamente. Y esto es lo que se nota en la autoridad y habilidad con que los apóstoles comenzaron su ministerio el día de Pentecostés.

Notemos algunas cosas:

a) Después de enviarles, Jesús sopló y les dijo: “*recibid al Espíritu Santo*” Juan 20.21. De esta manera el mismo Espíritu que está en Cristo es insuflado en sus apóstoles (Como si fuera la segunda vez que Dios se inclina y sopla su aliento en el hombre).

b) Luego “*les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras*” Lucas 24.25. Ese fue el momento cuando el Espíritu Santo que se sujeta en todo a Jesús comienza su obra de instrucción y revelación.

c) Luego les manda a quedarse en Jerusalén, hasta que fueran investidos con el poder de lo alto. Lucas 24.29. Esto iba a ser el revestimiento de poder que les daría autoridad para actuar entre los demonios y los hombres y hacer la obra. Literalmente es una investidura de autoridad divina, visible a los espíritus.

De esta manera, Jesús les constituía en continuadores de su ministerio, con su misma autoridad y su unción. Ellos eran el segundo eslabón en una cadena de siervos de Dios que en sucesivos ciclos llevarían el mensaje de Jesús y edificarían la Iglesia hasta el día del Señor cuando Jesús mismo, en su venida, ponga fin a la predicación del Evangelio.

Nota: *Hay muchas cosas más que aprender en los evangelios, acerca de la vida de Jesús y su forma de operar, pero estas son suficientes para que los obreros del Señor tengamos una orientación cierta para establecer los principios más fundamentales en nuestra manera de obrar.*

SU CARÁCTER

Iván Baker

EN TODO MOSTRÓ SU SENCILLEZ

En cuanto a la sencillez de Jesús, lo primero que tenemos que destacar es que:

A) Era humilde.

Como discípulos de Jesús, los que hemos encarnado su mismo ministerio, debemos oír su mandamiento: “*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón...*” Mateo 11.29. Nos damos cuenta que no puede haber nada más contrario a Cristo que un espíritu orgulloso. Al menos hay expresiones bien definidas en que se manifiesta el espíritu de orgullo:

- a) Querer ser alguien, tener dotes espirituales, ser brillante, sobresalir.
- b) Querer ser servido, mandar, tener autoridad, procura de liderazgo.
- c) Querer ser honrado, buscando posición, dinero, posesiones, etc.

Si es que nuestro carácter no ha sido debidamente tratado por Dios, tenemos que tener cuidado. Porque siendo obreros que aspiran a cargos de responsabilidad en la Iglesia, muy fácilmente esa aspiración puede transformarse en una intención carnal, apeteciendo alcanzar liderazgo. En realidad la iglesia ofrece el más alto de los liderazgos porque allí actuamos de parte de Dios mismo, y tenemos influencia sobre las almas y los espíritus. Nos miran como representantes de Dios y nos brindan el más alto amor y respeto. Y debe ser así. Dios manda que se ame y respete a sus obreros. Pero Dios también pone mucho cuidado en amonestarnos, no sea que de repente nos apropiemos de alguna gloria que sólo corresponde al Señor; que nuestra carne comience a gustar y a beber de la fuente de orgullo. Ejemplo: Diótfes 3º Juan 9; Pablo y su aguijón 2º Corintios 12.7

Por eso nos conviene marcar claramente este aspecto en la vida de Jesús: su humildad e imitarlo. A través de Jesús se manifiesta la humildad de Dios. La cuna en el pesebre, la modesta casa de Nazaret, la carpintería de José y la modesta vida de Jesús; no fueron circunstancias que se dieron al azar sino que obedecieron a una deliberada situación de Dios. Fue el entorno adecuado que escogió para su Hijo. El tenía que ser ejemplo de humildad como eficaz antídoto del orgullo del hombre. Evidentemente el dueño del universo ha querido dejar bien marcada la lección de la modestia. No cabe en un discípulo de Cristo el afán por alcanzar posición, fama entre los hombres o riquezas materiales.

Pero no sólo nos dio el ejemplo, sino también el mandamiento: “... *sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige como el que sirve*”. Lucas 22.26

B) No era pretencioso.

La sencillez de Jesús también se notaba en que para hacer la obra no echaba mano a ningún recurso especial. Al adoptar este modo de obrar, lejos de limitarse, se le abrían todas las posibilidades. Cualquier lugar o circunstancia era recurso adecuado para cumplir su ministerio. Esto hacía que él estuviera permanentemente en contacto con la gente y que fuera accesible a todos. En la imitación de Jesús todo el andamiaje mundano y ostentoso se desploma y la iglesia vuelve a su imagen primitiva de la humildad.

La iglesia deja sus posesiones, grandes edificios e instituciones e invierte su dinero en misiones, obreros y los pobres y necesitados de la grey. Para la predicación y el ministerio adopta los recursos comunes que se dan naturalmente. La iglesia deja de estar escondida cómodamente en sus edificios y se vuelca a las calles, las avenidas, las plazas buscando los grandes lugares de aglomeración para predicar y ganar a los pecadores. Los hogares vuelven a ser los centros donde se forman los discípulos.

Veamos algunas cosas más que hacen a la sencillez en la imitación de Jesús:

a) Ubicarnos como instrumentos de Dios y no como los que hacemos la obra.

Cristo es la vid, nuestro Padre es el labrador, nosotros somos los instrumentos en las manos del labrador. Nosotros predicamos, él, por medio del Espíritu Santo convence de pecado y convierte. Nosotros no somos responsables de la conversión de los pecadores, sino sólo de la predicación. A veces hemos tenido temor de predicar a alguno “porque después nos vamos a sentir responsables de seguirle hasta que se convierta”. También hemos dicho alguna vez: “No voy a hablar a muchos porque después no podré dormir de noche pensando en mi responsabilidad de hacer un seguimiento de cada caso”. Otras veces hemos señalado por nuestra cuenta a alguno y hemos declarado que se va a convertir. De ahí en adelante hemos trabajado e insistido sin resultado positivo. Eso también nos ha frustrado.

Debemos ser más modestos y dejar a Dios la parte que le corresponde a él. Nuestra parte debe ser descubrir aquellos en los cuales vemos que el Espíritu Santo está obrando. Jesús dijo: “*Ninguno puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere*”. Juan 6.44. Aprendamos a usar el evangelio como si fuera un radar para descubrir a los que tienen sed de Dios.

b) Aprender a hacer la obra con los recursos que se nos dan en la mano.

Para nuestra función como obreros debemos valorar mucho lo que se nos da, lo que tenemos, nuestras circunstancias, nuestra esposa, nuestros hijos, nuestra casa, nuestro barrio, el lugar de nuestro trabajo, los lugares que nosotros frecuentamos. Lo fundamental no es buscar otro lugar y otra circunstancia sino transformar las circunstancias por nuestra presencia y por nuestra palabra. Lo fundamental es estar fortalecidos e iluminados por el Espíritu Santo. Así que uno de nuestros más grandes aciertos será hacer buen uso de las circunstancias comunes que se nos dan. Luego ser diligentes en seguir a los que manifiestan sed.

c) Saber ser “heraldos” y no eruditos polemicistas

No dijo Dios que tenemos que contestar todas las preguntas. Nuestra mejor respuesta será insistir en explicar y repetir lo que hemos predicado.

d) Que no nos perdamos más entre las muchas páginas de la Biblia sino que sepamos “trazar bien la Palabra de verdad...” Yo diría que redescubramos “la pequeña Biblia de los apóstoles”. Es decir, los mandamientos de Cristo. Lo que llamamos “la Carpeta de las Enseñanzas” es precisamente esa palabra de Cristo. Cuando la completamos queremos que contenga todos los mandamientos del Señor que son los que él mandó a predicar. Mateo 28.19-20

e) Que la plenitud del Espíritu sea algo presente, accesible, vigente y no algo misterioso y lejano.

f) Que la oración sea fácil, hablando con nuestro Padre como un amigo, un compañero. Que sea fácil, constante, eficaz por causa de una fe basada en un amor sincero donde todo se cree, todo se espera, todo se puede en Cristo.

g) Que nuestra predicación sea sencilla, constante, saturada de humildad, gracia y misericordia, que usemos mucho nuestro testimonio y experiencia, que no nos preocupemos en saber muchas cosas “*sino sólo a Jesucristo y a éste crucificado*”. Que lo declaremos con lenguaje sencillo no pretendiendo afectar mayor sabiduría cuando estamos con gente más ilustrada. Con ellos seamos igualmente sencillos. Así fue Jesús.

h) Que no tengamos temor de repetir. No nos cansemos de repetir. La repetición es la que ayuda a los que escuchan a comprender y a nosotros a quedar más claros y poseídos de la Palabra. No procuremos novedades. No hay novedades. Dios está repitiendo las mismas cosas desde la eternidad pasada. La novedad, lo nuevo, es el vigor espiritual que el Espíritu da a la Palabra. Cada vez que lo repetís tendrá una nueva gracia, una nueva profundidad, si lo das en fe el Espíritu dará vida a la palabra. Con Dios las cosas viejas se hacen nuevas constantemente. El buen levita es el que saca de sus tesoros cosas nuevas y viejas. Pero es que las viejas son hechas nuevas por Dios. Como Juan que dice que nos da un mandamiento nuevo, y luego aclara que es el viejo mandamiento. 1º Juan 2.7-8

En todo esto imitemos la sencillez que había en Cristo.

SU DISPOSICIÓN

Iván Baker

TENÍA PASIÓN POR SALVAR A LOS PECADORES

Jesús declaró que el objetivo principal de su presencia entre los hombres consistía en “buscar y salvar” a los pecadores. Lucas 19.10. Nosotros también, como continuadores de su obra, no podemos pensar que la salvación de los pecadores ocupe el lugar de un ítem más en nuestra agenda, sino que debe ser aquello a lo cual nos entregamos prioritariamente, siguiendo las mismas pisadas de nuestro Maestro. Compenetrados de nuestro llamado debemos arder con pasión por la salvación de los pecadores, alcanzando el objetivote Dios y cumpliendo la obra que nos ha encomendado. A ello debe estar dedicada nuestra principal atención, capacidad y tiempo.

A) Lo que le hace posible.

1) La unción que Jesús nos impartió.

El haber sido enviados por Jesús para esto mismo, con la misma gracia y unción con que él fue enviado. Juan 20.21; mateo 28.18-19; Hechos 1.8

2) Por el gozo propuesto.

Jesús tenía un “gozo que le fue puesto delante de él”. Este gozo le ayudó a sobrellevar todas las cargas y penas de la tarea. Hebreos 12.2. Su gozo consistía en anticipar el día de su entrada triunfal al Padre “con los hijos que Dios me dio”. Hebreos 2.13. Nosotros también como nuestro Señor, podemos anticiparnos al gozo de nuestra entrada en los cielos, no solos, sino con aquellas preciosas vidas redimidas que Dios ha dado como fruto de nuestro trabajo. Salmo 126.6. Como también Pablo calificaba el fruto de sus trabajos en el evangelio, diciendo: “*gloria y corona mía...*” Filipenses 4.1

3) Por lo precioso que es el hombre.

Sólo el Padre, que sabe, puede explicarnos el valor del hombre. Para él no hay cosa más preciosa en el universo. Tanto lo infinito de su perdición como la gloria indescriptible de su salvación, nos presentan el desafío a esforzarnos en nuestra tarea divina de salvarle. De lo contrario, ¿cómo explicaríamos nuestra negligencia siendo que somos los portadores de su salvación? De ahí la exclamación de Pablo: “*Ay de mí si no anunciare el evangelio*”. Pablo sabía pesar el valor del hombre y de la investidura que él tenía como portador de “*una salvación tan grande*” 1 Corintios 9.16

B) De qué manera expresamos esta pasión.

Este sentir no debe ser una pasión pasiva sino activa ¿Cómo?

a) llegando a los pecadores

b) proveyéndoles toda la gracia y los recursos que estén a nuestro alcance para su salvación, cuidado y edificación.

C) Los estorbos.

Debemos estar atentos a los estorbos. Algunos de ellos pueden ser:

1) Que estemos atrapados en un incorrecto esquema de vida.

Estar abrumados por muchos intereses seculares. El afán por alcanzar posición ó riqueza. Me refiero a todo lo que sobrepasa la legítima necesidad y cuidado de nosotros y nuestras familias. Lo legítimo lo alcanzamos en un marco de confianza en Dios quien ha prometido proveer. Somos sus siervos. Pero cuando pasamos la medida de lo prudente, podemos estorbar nuestra oportunidad y eficacia en el servicio. Debemos recordar el oportuno consejo de Pablo a Timoteo: *“Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado”*. 2 Timoteo 2.4

2) Quedar afectado por los ataques del enemigo.

Podemos estar ciertos que el diablo se empleará a fondo con toda su astucia y todas sus armas para estorbarnos en el cumplimiento de nuestra suprema misión. Entre las muchas armas que él usa hay cinco que se destacan:

a) Desaliento. Procurará convencernos que no podemos. Que tenemos muchos defectos..., que no hemos crecido lo suficiente, o que no es responsabilidad nuestra sino la de otros que tienen “un don especial”.

b) Distracción. Procurará llenarnos de muchas “actividades en la obra del Señor”, pero que nos distraen del propósito supremo de Cristo. Se dice que “lo bueno es enemigo de lo mejor”.

c) Dilación. No dirá que no es tiempo... que lo dejemos para mañana. Que debemos procurar nuevas y mejores circunstancias y oportunidades. Que este caso no tiene importancia... que ese no se va a convertir. Que ya hemos trabajado demasiado... que ya hemos cumplido nuestra cuota. Recordemos a Pablo, que aún anciano, se ocupaba fervorosamente en ganar a otros para Cristo.

d) Confusión. Tratará de apartarnos de la sencillez y hacerlo todo muy difícil y complicado. Algo que sólo con “mucha preparación”y “habilidad”se puede realizar.

e) Orgullo. Haciéndonos sentir fuertes en nosotros mismos y no depender del Espíritu Santo: “ya lo sabemos hacer”... somos expertos, etc.

TENÍA COMPASIÓN DE LOS HOMBRES

“Y al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”. Mateo 9.36

Todo el ministerio de Jesús fluía de esta compasión por los pecadores.

No había venido para criticar ni para condenar, sino para salvar. Al hacerlo él manifestaba el gran amor de Dios por una humanidad perdida.

Nosotros, como obreros del Señor somos sacerdotes, somos “puente” entre ese gran amor y misericordia y los hombres necesitados. Y es porque el mundo está tan carente de amor, que la manifestación de la misericordia de Dios a través de nosotros, viene a ser como el néctar que les atrae irresistiblemente. Esa compasión es el óleo divino que hace llegar el evangelio a sus corazones.

Veza tras veza en los testimonios se expresa que no fue tanto el bien pulido mensaje, sino el amor que les ganó. Nos han dicho más de una veza: “No entendí nada.... Pero sentí el amor...”

A) Debemos ser auténticos.

No podemos simular. La verdadera compasión sólo fluye cuando en verdad amamos y el Espíritu Santo toca nuestro corazón para hacernos sentir la necesidad del pecador.

También es la manifestación de esta sincera compasión que da autenticidad al mensaje mismo. Es decir, que estaremos revelando a Dios mismo en su carácter de amor y compasión. Salmo 103.11

Pero esto no nos debe resultar difícil ya que él ha derramado en nosotros su amor. Romanos 5.5

B) Debemos quitar la atención de nosotros mismos.

Nuestra atención debe estar colocada en Dios y el pecador, puesto que es Dios mismo que se encuentra con él a través de nosotros. La mejor manera de olvidarnos de nosotros mismos será concentrar nuestra oración y dependencia del Espíritu Santo para inspirarnos a la veza que abrimos el corazón para comprender la necesidad del pecador.

Debemos despreocuparnos de:

- Estar preocupados por ser bien recibidos, honrados o atendidos.
- Estar preocupados por “hacer un buen papel”.

Toda intención que no sea un sincero y sacrificial interés en el pecador necesitado estorbará el libre fluir de la compasión de Cristo.

SE DABA A SI MISMO.

Jesús se daba a si mismo. Él era el pan que se ofrecía para que los hombres coman; era el agua viva que otros podrían beber. Predicaba, pero él mismo era la sustancia de su predicación. Responder a su mensaje consistía en “venir a él”, “comer de él”, “beber de él”.

Cuando decía: “*El Reino de Dios ha llegado*”, implicaba que él había llegado. Cuando decía: “*está entre vosotros*” era que él estaba entre ellos. Él era la presencia misma de Dios encarnada, visible y tangible. No podía mandar libros o explicaciones o sustitutos; él mismo tenía que estar presente.

Jesús está ahora en la tierra en la persona de sus discípulos, que somos nosotros. Su Iglesia es la suma de su manifestación al mundo. Él, ahora, se da a los hombres a través de nosotros. Nosotros podemos dar muchas cosas a los hombres: sermones, artículos impresos, consejos, cordialidad; pero no habremos dado nada hasta que nos hayamos dado a nosotros mismos.

A) La clave.

Podemos equivocarnos pensando que al ser heraldos, el mensaje es lo más importante. Cuando, en realidad, el mensaje no es más que un anuncio. Al darlo estamos diciendo: “Vengan al banquete”, “vengan a comer”. Cuando vienen, no están buscando más explicaciones acerca de la “comida” sino que nos están buscando a nosotros. Nosotros somos “la comida” y “la bebida” que Dios les ha preparado. Esto es porque Cristo se manifiesta a través de nosotros.

Es a través de nosotros que fluye la salvación y la vida de Cristo. Esta es la clave. Así como cuando inclinamos un cántaro lleno y volcamos su contenido en uno vacío. Así Dios ha provisto que de nosotros mismos fluya la vida de Cristo.

B) Esto requiere darnos.

Fundamentalmente requiere apartar de nuestro tiempo para brindarnos y servir a otros. Cuando otros pueden disponer de nuestro tiempo estaremos dando parte de nosotros mismos.

C) Ellos buscan al Cristo que está en nosotros.

Ellos buscan la fuente de salvación y vida que Dios ha atesorado en nosotros por medio del Espíritu Santo, lo cual es Cristo mismo en nosotros. Juan 7.38-39; Colosenses 1.27. El darnos debe implicar: dar a Cristo. Que ellos palpén en nosotros su compasión, su mansedumbre, su paciencia, su compañerismo, su verdad, su vida.

D) No es cómodo.

Ninguno podrá brindarse de esta manera si sólo atiende su propia comodidad. Esto requiere dedicación, propósito, visión, sacrificio. También requiere un vaso limpio y lleno.

E) No podemos darnos a todos.

Se trata de una entrega real y efectiva que demandará mucho de nosotros. Por eso sólo podremos darnos de esta manera a un limitado número de personas. A muchos les daremos algo pero es sólo a algunos que podremos dar todo. Ejemplo: Jesús sólo se dio de esta manera a doce hombres.

F) Debemos discernir cuando hemos completado la obra de ellos.

Jesús entendió cuando había completado su obra en los doce.

G) Nuestra familia.

Esta entrega, corresponde hacerla primeramente a nuestra propia familia.

SU ESTRATEGIA

Iván Baker

INTRODUCCIÓN:

Hemos visto hasta aquí en el ejemplo de Jesús, Su Fuente de poder, Su Carácter y Su Disposición. Finalmente nos corresponde captar Su Estrategia, la que hemos dividido en seis puntos. El primero de ellos se refiere a su sentido de orientación en cuanto a su acercamiento al hombre:

NUNCA PROCURÓ MOVER A LOS HOMBRES PARA QUE VENGAN A ÉL.

Jesús nunca procuró mover a los hombres perdidos para que asistan a reuniones en tal o cual lugar y a tal o cual hora. Él iba a ellos. Y no solo esto, sino que aceptaba las circunstancias en que ellos se encontraban y se adecuaba a esas circunstancias haciendo ahí mismo su obra.

Este es el primer punto en la estrategia de Jesús que nosotros tenemos que imitar. Somos nosotros los que tenemos que ir a ellos y no ellos que tienen que venir a nosotros. Somos nosotros, los que debemos adecuarnos a las circunstancias de ellos y no ellos a las nuestras. Podrá moverse a la gente para congregarlos en encuentros y reuniones organizadas, pero esta pretensión nunca deberá sustituir el mandamiento de ir a ellos.

De la completa obediencia a esta premisa establecida en el mandato de nuestro Señor depende la gran obra evangelizadora. La evangelización no alcanzará su verdadera dimensión e impacto hasta que la Iglesia toda se movilice en esta dimensión. Esto hace que el evangelio se viva y se comunique en todo tiempo, en todo lugar y a toda criatura. Esta es la auténtica y permanente “campaña evangelística” de la Iglesia.

Cada miembro de la iglesia debe cumplir esta consigna dentro de sus tareas y obligaciones diarias. Pero los pastores, que tienen todo su tiempo dedicado al ministerio de la palabra y la oración, deben establecerse en el mismo lugar de Jesús, allí al abierto, con el pueblo, accesible y notorios a todos.

Los primeros apóstoles entendieron esto y evitaron todo lo que les podría obstaculizar para imitar a Jesús. Hechos 6.4. Leer los Hechos de los Apóstoles, es suficiente para convencernos de la notoria vida pública de los apóstoles. Ellos imitaron bien a Jesús y eligieron el preciso lugar estratégico para la predicación.

¿Por qué es que la consigna impone nuestro encuentro con el pecador? Dios describe al pecador como un ser imposibilitado para venir a nosotros por su situación de:

- Ciego: “... el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos para que no les resplandezca la luz del evangelio...” 2 Corintios 4.4
- Encarcelado: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para... pregonar libertad a los cautivos...” Lucas 4.18
- Muerto: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos...” Efesios 2.1

Muchos de nosotros hemos sido ignorantes en cuanto a la condición espiritual del hombre sin Cristo y aunque está ciego, hemos pretendido que lea; aunque está encarcelado y engrillado por satanás, hemos insistido que responda a nuestras invitaciones y aunque está muerto hemos insistido que venga a nosotros para ser resucitado. Con razón nos sentimos frustrados frente al magro resultado de nuestros grandes esfuerzos. Ahora oímos más claramente la voz del Señor diciéndonos: “Id”. Su mandato es “id”, no que vengan. La condición fundamental es que el que tiene los ojos abiertos, vaya a abrir los ojos de los ciegos; que el que está libre, vaya y abra las puertas al cautivo y el que vive, vaya al muerto y lo resucite. Pero esta obra no es fácil, presupone importunarles, molestarles y requiere de nosotros coraje, tenacidad, gracia y mucha paciencia. Esta obra nace del amor por ellos y sólo es posible en el poder del Espíritu Santo.

Este ministerio tiene que ver con los pies, por eso el profeta exclama: “*Cuán hermosos son los pies de los que anuncias la paz, de los que anuncian buenas nuevas*”. Romanos 10.15. Como heraldo debemos estar siempre atentos a toda oportunidad que se nos presente y también saber crear oportunidades por nuestro denuedo y amor por los que se pierden.

No es difícil entender también el valor y la necesidad de nuestra presencia en contacto directo con el pecador.

Nuestra presencia:

A) Le cubre y liberta.

Al acercarnos a los hombres ellos estarán conscientes que por medio nuestro se les acerca la autoridad de Cristo. El Espíritu Santo estará presente para ayudarles a vencer el espíritu engañoso que les ha oscurecido la vista espiritual. La mente del incrédulo queda iluminada para que comprenda y vea la verdad. Dios descubre al hombre y le libera de sus ataduras satánicas, y así puede beber de la fuente de vida que es Cristo.

B) Nos permite obrar con entendimiento espiritual.

Palpamos las vidas, discerniendo la necesidad particular de cada uno, oyendo sus preguntas y sus respuestas; viendo la manera en que el Espíritu obra. Esto hace que podamos continuar edificando las vidas con sabiduría.

C) Nuestra presencia le provee todos los recursos de la Iglesia.

Una parte fundamental en la conversión del pecador es su comunión inmediata con el cuerpo vivo de Cristo. En este contacto directo se da esta condición de compañerismo y amor, que es indispensable. A través nuestro tiene acceso a la iglesia misma con todos los recursos.

DEDICO SU MINISTERIO PRINCIPALMENTE A LA FORMACIÓN DE DOCE HOMBRES.

Este es otro punto importante en la estrategia de Jesús. Es notable descubrir que Jesús, a pesar de su vasto programa de predicación, concentro sus mayores esfuerzos y dedicación sólo a las formación de doce hombres.

Aquí descubrimos un principio de:

A) Selección.

De los que creyeron eligió a los que estarían con él. Jesús no imprimía un sentido democrático a su ministerio. Para él los hombres no eran todos iguales. A algunos ni les contestaba las preguntas, a otros les consolaba y sanaba, mientras que a otros les revelaba los misterios del Reino de los cielos. Mateo 13.16. El obraba de acuerdo con lo que veía en los corazones, pero él nada hacía sin el Padre. Pasó la noche orando antes de elegir a los discípulos. Para él, los que eligió eran un don que el Padre le había dado. Juan 17.9. También se sintió responsable por ellos delante de su Padre a quien dio cuenta de lo que había hecho con ellos. Juan 17.12

Al imitar a Jesús en esto no es cuestión de formarnos un esquema de que “uno tiene que tener doce”. Pero sí, debemos aprender a aplicar este principio de su estrategia para alcanzar eficacia en nuestro ministerio y no diluir nuestro esfuerzo,

El Espíritu Santo nos guiará a tomar a algunos que son más estables y comprometidos a quienes nos dedicaremos más particularmente. Es importante que sea un número no más grande de lo que podemos atender en el tiempo que disponemos. Con estos nos dedicaremos dando todo de nuestra parte. Cuando observamos que hemos cumplido nuestro objetivo con ellos podremos responsabilizarles para que sigan adelante con menos dependencia de nosotros y estaremos más libres para tomar a otros.

B) Dedicación.

A los que eligió Jesús se dedicó particularmente atrayéndoles, amándoles y haciéndose accesible a ellos en todo. Su intención era darse a ellos para que pudiesen recibir de él, hasta hacerse semejantes a él.

Estos serían los hombres que más conocerían su relación con el Padre, su sencillez, su visión y pasión por salvar a los hombres, su compasión y la ofrenda de sí mismo.

Como Jesús, también nosotros debemos dedicarnos a esos discípulos que hemos seleccionado. Nuestra entrega a ellos debe expresarse en:

- a) Darles nuestro tiempo: Lo que sea necesario para la obra que pretendemos hacer. Al dar nuestro tiempo estaremos dando esa misma proporción de nuestra vida.
- b) Brindarles convivencia: Dentro de nuestras posibilidades debemos acercarnos lo más posible a esto.
- c) Hacerles partícipes de nuestros trabajos en la obra: Al principio ellos no actuarán, pero oirán y mirarán. Ellos necesitan nuestro ejemplo. Después serán nuestros mejores colaboradores.

C) Formación.

Al convivir con Jesús y al acompañarle y participar de su ministerio, los discípulos hallaron el “aula de la escuela” de su Maestro. Esta escuela fue sublime en su sencillez e inigualable en su idoneidad para la enseñanza y edificación de sus vidas. Sus lecciones estaban cargadas de significado ya que no consistían en clases teóricas.

Jesús había escogido el “método didáctico” por excelencia. Las lecciones llegaban al corazón, saturaban la mente, dejaban huellas imborrables, de significado emocional, mental y espiritual. No hacía falta mucha retentiva o inteligencia para asimilarlas; penetraban por los ojos, los oídos, la conciencia y el corazón. Todo el ser palpitaba ante un Maestro que vivía y actuaba la voluntad del Padre delante de ellos. Se aprendía lo que no alcanzarían los libros a descubrir o las palabras para explicar. Juan 21.25. Es que era la forma de vivir y conducirse de Jesús que se iba plasmando en ellos. Aunque los discípulos era en su mayoría, hombres rudos, sin letras, entendieron todo a fondo y pudieron imitarlo y vivirlo.

Así también lo encontrarán los discípulos que nosotros estamos formando si imitamos a Jesús. El mismo Espíritu de Jesús estará con nosotros para que lo podamos realizar.

Punto clave:

Lo fundamental es que nos vean como hombres espirituales: humildes, dedicados, obedientes a Dios, dependiendo del Espíritu Santo. Debemos ir delante de ellos en todo. Si somos así podremos enseñarlo. De lo contrario no debemos, ni podremos. No podremos inducir a otro a hacer lo que nosotros no hacemos.

NOTA: Contemos a nuestra familia entre nuestros predilectos discípulos.

ESTOS DOCE HOMBRES CONSTITUYERON SU EQUIPO DE TRABAJO.

Cuando pensamos en Jesús, no pensamos en un hombre solo sino que le vemos acompañado de un grupo de doce hombres, sus discípulos más allegados. Nunca le vemos solo, a no ser en las ocasiones cuando se retiraba a parte para orar. Cuando marchaba él, marchaban sus discípulos; cuando se detenía, también se detenían ellos. Cuando iba a otra ciudad, ellos le acompañaban. Casi es imposible pensar en Jesús sin pensar en sus discípulos; como tampoco es imposible pensar en sus discípulos sin pensar en Jesús. Jesús y sus doce discípulos formaban una unidad, un equipo de trabajo. Eran un conjunto de hombres, unidos a favor de una causa, que actuaban bajo liderazgo. Esto define su equipo de trabajo.

Ahora debemos pensar qué significado tiene esto para nosotros ya que, evidentemente, ese equipo no se formó por si solo. Los hombres, naturalmente no se unen, sino que se separan. O si se unen, más fácilmente lo hacen para lo intrascendente o para lo malo. Pero la experiencia nos dice que difícilmente se unen para el bien y menos aún para Dios. Es que estamos tocando otro punto importante en la estrategia de Jesús. El mismo, siguiendo un ordenamiento divino formó un grupo, porque en la índole de la obra que iba a efectuar él necesitaba esa compañía y ellos le necesitaban a él.

A. Jesús necesitaba a sus discípulos

Sorprendería quizá, tener que asegurar que Jesús solo, era débil. Hubo ocasiones cuando Jesús tenía que enfrentar situaciones solo. Esas fueron las situaciones de mayor tentación, cuando estuvo solo cuarenta días en el desierto, se nos dice que “*los ángeles le servían*” Marcos 1.13. Cuando anticipa la agonía de la cruz en Getsemaní, procura llevar a tres discípulos con él. Luego le manifiesta el dolor de su corazón al ver que no pudieron velar con él sino que se durmieron. Jesús necesitaba esa compañía para su:

a) Consuelo:

Mientras Jesús predicaba a las multitudes, discutía con sus adversarios y enfrentaba a las turbas muchas veces hostiles, los únicos que le comprendían y aprobaban eran sus discípulos. Él percibía profundamente en su espíritu esa aprobación que se traducía en un indescriptible bálsamo de consuelo. Cuando era rechazado y humillado, ellos estaban dispuestos a compartir humillación. Esto se traducía en profundo consuelo para él. Una cosa es sufrir oprobio solo y otra, muy distinta, es sufrirla en compañía con quienes, nos entienden y comparten.

Cuando Dios dijo: “*No conviene que el hombre esté solo*”, involucró, no sólo el casamiento, sino también todo el suceso del hombre en su vida terrenal.

b) Fortaleza:

Jesús solo, era débil, aunque era el Hijo de Dios. Su tarea no concordaba con el príncipe de este mundo. Por el contrario, se oponía a él. Jesús era su adversario, lo cual hacía que tuviese que resistir toda la oposición detractora del enemigo. Satanás procuraría por todos los medios de impedir cada paso que daba y detener cada palabra que hablaba. Trataría por todos los medios de atemorizarle. Y esto haría por la oposición de hombres burladores, de hombres malvados y la acción directa de demonios que procurarían degradarle, engreírle o confundirle.

Ah, pero en medio de esta hora tenía a sus discípulos. Ellos eran sus amigos, sus compañeros. Eran los que le comprendían: “*Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen*” Ellos le escuchaban, le admiraban, le amaban. ¡Qué inmensa fortaleza significaban estos hombres para su espíritu!

c) Inspiración:

En sus discípulos tenían con quienes descargar, explicar, razonar. Seguramente al hablar con ellos y revelar sus planes pasando revista a los acontecimientos, su espíritu ardía al contemplar sus rostros llenos de aprobación, admiración y expectativa. Su alma se descargaba con ellos y esto hacía que su espíritu se fortaleciese para la obra y sus pensamientos quedaran esclarecidos. Ellos eran para él una fuente continua de inspiración.

Pero los discípulos también necesitaban a Jesús. Además del formidable aprendizaje que recibieron al lado de su Maestro, ellos recibieron de él:

Estímulo: parece poca cosa pero, ¡qué importante es el estímulo de un maestro! Jesús les amó, cubrió sus defectos, les ayudó a amarse y a honrarse entre sí. Pero además, les fue conduciendo y animando a hacer la obra. Su propósito no era mostrarse a sí mismo grande e inalcanzable a los ojos de

ellos, sino animarles a imitarle. Quizá la palabra de mayor estímulo que les dio fue esta: “*las obras que yo hago, haréis también; y aún mayores haréis...*”

Jesús les estimuló el desarrollo de ellos en una forma tan natural: acompañándole, obrando con él y obrando para él (cuando les envió en comisión)

De esta forma los discípulos hallaron en la compañía de Jesús el mayor estímulo para el desarrollo de la habilidad y autoridad de obreros competentes.

¿Qué de nosotros?

Imitemos esta fundamental estrategia de Jesús. Preguntémonos: ¿Cuántas obras no hubiera podido realizar Jesús si hubiera carecido de esos compañeros? Pienso que muchas. Pienso que todo hubiera sido terriblemente difícil. Quizá imposible. Pienso que Jesús solo, dada la índole de la obra que tenía que realizar, hubiera sido algo extraño, antinatural, incompleto sin sus discípulos.

En cuanto a nosotros, pienso que no hace falta repetir las lecciones que hemos anotado más arriba. Como el Señor nos ha enviado a hacer la misma obra, en las mismas circunstancias, es natural que nos sintamos acicateados a imitar a Jesús en todos los puntos que hemos anotado.

Es importante que notemos que la compañía de sus discípulos, no le impidió hacer la obra que él tenía que realizar, sino por lo contrario, le ayudaron. Jesús redimió el tiempo haciendo dos cosas a la vez: Realizó su obra y formó discípulos.

Además, preguntémonos: ¿Qué otro medio podía haber usado el Señor para realizar su obra, si hemos comprendido cuán difícil le hubiera resultado sin la compañía de sus discípulos? Y en cuanto a la formación de sus discípulos, ¿qué otro medio hubiera podido usar para hacerles hombres hábiles y maduros ya que hemos entendido que su presencia, proveyéndoles estímulo y ejemplo era poco menos que indispensable?

El esquema de Dios para llevar a cabo su obra no presupone hombres solos sino hombres funcionando en equipo. Pero no simplemente en compañía sino concertados. Mateo 18.19. Los Hechos y la Epístolas abundan en ejemplos de esto. Detrás de cada obra pujante y efectiva había un equipo de hombres de Dios, concertados y obrando en unanimidad. Tenemos que comprender que esa cosa muy natural que entre aquellas que hemos ganado para Cristo algunas formarán nuestro equipo de trabajo. Pero tengamos en cuenta que esta clase de concertación es difícil.

No hay cosa contra la cual obre más el enemigo. Quizá tengamos que enfrentar problemas de quienes, cuando, donde y como, pero podemos estar seguros que el Espíritu Santo estará con nosotros ayudándonos porque esto es lo que el Señor más quiere y más necesita.

¹ Pastor de la Comunidad Cristiana de Capital Federal, Argentina, y miembro del grupo apostólico en Argentina.

² Desarrollo su ministerio apostólico en distintos lugares de Argentina y países limítrofes, partiendo a la presencia del Señor en el año 2005.